



## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

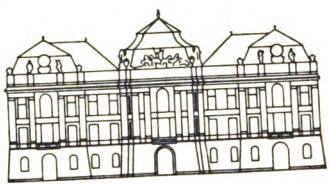
- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



MENTEM ALIT ET EXCOLIT



K. K. HOFBIBLIOTHEK  
ÖSTERR. NATIONALBIBLIOTHEK

71. M. 112

J. M. J. 2



V I D A  
DE  
L A Z A R I L L O  
D E T O R M E S,

P O R  
D. D I E G O H U R T A D O  
D E M E N D O Z A.

---

C O T E J A D A C O N L O S M E J O R E S E X E M P L A R E S  
Y C O R R E G I D A

P O R  
J. J. K E I L.

---

E N G O T H A.  
P O R C A R L O S S T R U D E L.

1 8 1 0.



**LA VIDA  
DE  
LAZARILLO DE TORMES,  
POR  
D. DIEGO HURTADO DE  
MENDOZA.**

---



---

## PRÓLOGO.

---

Yo por bien tengo, que cosas tan señaladas y perventura nunca oídas, ni vistas, vengan á noticia de muchos, y no se entierren en la sepultura del olvido: pues podria ser, que alguno, que las lea, halle algo que le agrade, y á los que no ahondaren, tanto los deleite. Y á este propósito dice Plinio, que no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena: mayormente que los gustos no son todos unos; mas lo que uno no come, otro se pierde por ello. Y así vemos cosas

tenidas en poco de algunos, que de otros no lo son. Y esto para que ninguna cosa se debria romper, ni echar á mal, si muy detestable no fuese, sino que á todos se comunicase: mayormente siendo sin perjuicio, y pudiendo sacar della algun fruto. Porque si así no fuese, muy pocos escribirian para uno solo, pues no se hace sin trabajo. Y quieren ya que lo pasan ser recompensados, no con dineros, mas con que vean y lean sus obras, y si hay de que se las alaben.

Y á este propósito dice Tullio: la honra cria las artes. — ¿ Quien piensa, que el soldado, que es primero del escala, tiene mas aborrecido el vivir? No por cierto; mas el deseo de alabanza le hace ponerse al peligro. Y asi en las artes y letras es lo mismo.

Predica muy bien el presentado, y es hombre, que desea mucho el provecho de las ánimas; mas pregunten á su Merced, si le pesa quando le dicen: ¡o que maravillosamente lo ha hecho Vuestra Reverencia! — Justó muy ruinmente el señor Don Fulano, y dió el sayete de armas al truhan, porque lo loaba de haber llevado muy buenas lanzas. ¿Qué hiciera, si fuera verdad?

Y todo va desta manera: que confesando yo no ser mas santo que mis vecinos, desta nonada, que en este grosero estilo escribo, no me pesará, que hayan parte, y se huelguen con ello todos los que en ella algun gusto hallaren, y vean, que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades.

Suplico á Vuestra Merced, reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera mas rico, si su poder y deseo se conformatan.

Y pues Vuestra Merced escribe, se le escriba y relate el caso muy por extenso, pareciome no tomalle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona, y tambien porque consideren los que heredáron nobles estados, quan poco se les debe, pues fortuna fué con ellos parcial, y quanto mas hiciéron los, que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron á buen puerto.

---

## CAPÍTULO PRIMERO.

---

*Cuenta Lázaro su vida y cuyo hijo fué.*

Pues sepa Vuestra Merced ante todas cosas, que á mí llaman Lázaro de Tormes, hijo de Thome Gonzalez y de Antonia Pérez, naturales de Tejáres, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fué dentro del río Tormes, por la qual causa tomé el sobrenombre: y fué desta manera: mi padre, que Dios perdone, tenía cargo de proveer una molienda de una aceña, que está ribera de aquél río, en la qual fué molinero mas de quince años. Y estando mi madre una noche en la aceña preñada de mí, tomóle el parto y parióme allí.

De manera que con verdad me puedo decir nacido en el río.

Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron á mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales de los que allí á moler venían: por lo qual fué preso, y confesó, y no negó, y padeció persecución por justicia. Espero en Dios, que está en la gloria, pues el Evangelio los llama bienaventurados.

En este tiempo se hizo cierta armada contra Moros, entre los cuales fué mi padre, que á la sazón estaba desterrado por el desastre ya dicho, con cargo de acemilero de un caballero, que allá fué; y con su señor, como leal criado, feneció su vida.

Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse á los buenos, por ser uno de ellos, y vinose á vivir á la ciudad, y alquiló una casilla, y metiase á guisar de comer á ciertos estudiantes, y lavaba

la ropa á ciertos mozos de caballos del Comendador de la Magdalena. De manera que füé freqüentando las caballerizas, ella y un hombre moreno, de aquellos que las bestias curaban, viniéron en conocimiento. Este algunas veces se venia á nuestra casa, y se iba á la mañana; otras veces de dia llegaba á la puerta, en achaque de comprar huevos, y entrábase en casa. Yo al principio de su entrada pesábame con él, y habiale miedo, viendo el color y mal gesto que tenia; mas de que vi, que con su venida mejoraba el comer, fuile queriendo bien, porque siempre traia pan, pedazos de carne, y en el invierno leña á que nos calentábamos.

De manera que continuando la posada y conversacion, mi madre vino á darme un negrito muy bonito, el qual yo brincaba y ayudaba á calentar. Y acuérdome, que estando el negro de mi padrastro trebejando con el mozue-

lo, como el niño via á mi madre y á mí blancos, y á él no, huía dél con miedo para mí madre, y señalando con el dedo decia: ¡madre, coco! — Respondió él riendo: ¡hídeputa! — Yo aunque bien muchacho, noté aquella palabra de mi hermanico, y dixe entre mí: quantos debe de haber en el mundo, que huyen de otros, porque no se veen á si mismos.

Quiso nuestra fortuna, que la conversacion del Zayde (que así se llamaba) llegó á oídos del mayordomo, y hecha pesquisa hallóse, que la mitad por medio de la cebada, que para las bestias le daban, hurtaba, y salvados, leña, almohazas, mandiles, y las mantas y sábanas de los caballos hacia perdidas, y quando otra cosa no tenia, las bestias desherribaba: y con todo esto acudia á mi madre, para criar á mi hermanico. No nos maravillemos de un clérigo, ni de un fraile, porque el uno

hurta de los pobres, y el otro de su casa para sus devotas y para ayuda de otro tanto, quanto á un pobre esclavo el amor le animaba á esto.

Y probósele quanto digo, y aun mas; porque á mí con amenazas me preguntaban, y como niño respondia y descubria quanto sabia con miedo, hasta ciertas herraduras, que por mandado de mi madre á un herrero vendí. Al triste de mi padrastro azotaron y pringaron, y á mi madre pusieron pena por justicia sobre el acostumbrado centenario, que en casa del sobredicho Comendador no entrase, ni al lastimado Zayde en la suya acogiese.

Por no echar la soga tras el caldero, la triste se esforzó y cumplió la sentencia: y por evitar peligro y quitarse de malas lenguas, se fué á servir á los que al presente vivian en el mesón de la Solana: y allí padeciendo mil importunidades, se acabó de cri-

ar mi hermanico, hasta que supo andar, y á mí, hasta ser buen mozuelo, que iba á los huéspedes por vino y candelas, y por lo demas que me mandaban.

---

## CAPÍTULO SEGUNDO.

---

*Como Lázaro se puso á servir y adestrar un ciego.*

En este tiempo vino á posar al mesón un ciego, el qual pareciéndole que yo seria para adestralle, me pidió á mi madre, y ella me encomendó á él, diciéndole, como era hijo de un buen hombre, el qual por ensalzar la fe había muerto en la batalla de los Gelves, y que ella confiaba en Dios, no saldría peor hombre que mi padre, y que le rogaba me tratase bien y mirase por mí, pues era huérfano. El respondió, que así lo haría, y que me recibía no por mozo, sino por hijo.

Y así le comencé á servir y adestrar

á mi nuevo y viejo amo. Como estuvimos en Salamanca algunos días, pidiéndole á mi amo, que no era la ganancia á su contento, determinó irse de allí. Y quando nos hubimos de partir, yo fuí á ver á mi madre, y ambos llorando, me dió su bendicion y dixo: hijo, ya sé, que no te veré mas; procura de ser bueno, y Dios te guie. Criado te he, y con buen amo te he puesto: válete por tí. — Y así me fuí para mi amo, que esperándome estaba.

Salimos de Salamanca, y llegando á la puente, está á la entrada d'ella un animal de piedra, que casi tiene forma de toro. Y el ciego mandóme, que llegase cerca del animal, y allí puesto me dixo: Lázaro, llega el oido á este toro, y oirás gran ruido dentro d'él. — Yo simplemente llegué, creyendo ser así, y como sintió, que tenía la cabeza parte de la piedra, afirmó recio la mano, y dióme una gran calabazada en el dia-

57'

blo de toro, que mas de tres dias me duró el dolor de la cornada, y díxome: necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber mas que el diablo; y rió mucho de la burla. Precióme, que en aquel instante despepé de la simpleza, en que, como niño, dormido estaba, y dixe entre mí: verdad dice este, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar como me sepa valer.

Comenzámos nuestro camino, y en muy pocos dias me mostró gerigonza, y como me viese de buen ingenio, holgábase mucho y decia: yo oro ni plata no te lo puedo dar, mas avisos para vivir muchos te mostraré. — Y fué así: que despues de Dios este me dió la vida, y siendo ciego, me alumbró y adestró en la carrera de vivir. Huelgo de contar á Vuestra Merced estas niñerías, para mostrar, quanta virtud sea saber los hombres subir, siendo

baxos, y dexarse baxar, siendo altos,  
quanto vicio.

Pues tornando al bueno de mi ciego, y contando sus cosas, Vuestra Merced sepa, que desde que Dios crió el mundo, ninguno formó mas astuto ni sagaz. En su oficio era un águila. Ciento y tantas oraciones sabia de coro: un tono baxo, reposado y muy sonable, que hacia resonar la iglesia donde rezaba: un rostro humilde y devoto, que con muy buen continente ponía quando rezaba, sin hacer gestos ni visages con boca ni ojos, como otros suelen hacer. Allende desto tenia otras mil formas y maneras para sacar el dinero. Decia saber oraciones para muchos y diversos efectos, para mugeres que no parian, para las que estaban de parto, para las que eran mal casadas, que sus maridos las quisiesen bien. Echaba pronósticos á las preñadas, si traian hijo ó hija. Pues en caso de  
me.

medicina, decia, Galeno no supo la mitad que él: para muelas, desmayos, males de madre. Finalmente nadie le decia padecer alguna pasion, que luego no le decia: haced esto, haréis estotro: coced tal hierba, tomad tal raiz. — Con esto andábase todo el mundo tras él, especialmente mugeres, que quanto les decia creian. Destas sacaba él grandes provechos con las artes que digo, y ganaba mas en un mes, que cien ciegos en un año.

Mas tambien quiero que sepa Vues- tra Merced, que con todo lo que adquiria y tenia, jamas tan avariento ni mezquino hombre no vi: tanto, que me mataba á mí de hambre, y así no me remediaba de lo necesario. Digo verdad, si con mi sotileza y buenas mañas no me supiera remediar, muchas veces mi finara de hambre. Mas con todo su saber y aviso le contramí- naba de tal suerte, que siempre ó las

mas veces me cabia lo mas y mejor.  
Para esto le hacia burlas endiabladas,  
de las cuales contaré algunas, aunque  
no todas á mi salvo.

Él traia el pan y todas las otras co-  
cas en un fardel de lienzo, que por la  
boca se cerraba con una argolla de hi-  
erro y su candado y llave: y al meter  
de las cosas y sacarlas, era con tanta  
vigilancia y tan por contadero, que no  
bastara todo el mundo hacerle mémos  
una migaja. Mas yo tomaba aquella  
lacéria que él me daba, la qual en mé-  
mos de dos bocados era despachada, y  
despues que cerraba el candado y se  
descuidaba, pensando que yo estaba en-  
tendiendo en otras cosas, por un poco  
de costura, que muchas veces del un  
lado del fardel descosia y tornaba a co-  
ser, sangraba el avariento fardel, sa-  
cando no por tasa pan, mas buenos pe-  
dazos, torreznos y longaniza. Y así  
buscaba conveniente tiempo para reha-

cer no la chaza, sino la endiablada falta, que el mal ciego me faltaba.

Todo lo que podia sisar y hurtar traia en medias blancas, y quando le mandaban rezar, y le daban blancas, como él carecia de vista, no habia el que se la daba amagado con ella, quando yo la tenia lanzada en la boca y la media aparejada, que por presto que él echaba la mano, ya iba de mi cambio aniquilada en la mitad del justo precio. Quejábaseme el mal ciego, porque al tiempo luego conocia y sentia que no era blanca entera, y decia: ¿qué diablo es esto, que despues que conmigo estás no me dan sino medias blancas, y de ántes una blanca y un maravedí hartas veces me pagaban? En tí debe de estar esta desdicha.

Tambien él abreviaba el rezar, y la mitad de la oracion no acababa, porque me tenia mandado, que en yéndose el que la mandaba rezar, le tirase

por el cabo del capuz. Yo así lo hacia, y luego él tornaba á dar voces, diciendo: mandan rezar tal y tal oracion; como suelen decir.

Usaba poner cabe sí un jarrillo de vino, quando comíamos. Yo muy de presto le asia y daba un par de besos callados, y tornáhale a su lugar. Mas duróme poco, que en los tragos cono-  
cia la falta, y por reservar su vino á salvo, nunca despues desamparaba el jarro, ántes lo tenia por el asa asido. Mas no habia piedra iman, que así tra-  
xese á sí, como yo con una paja larga  
de centeno, que para aquel menester  
tenia hecha, la qual metiéndola en la  
boca del jarro, chupando el vino, lo  
dexaba á buenas noches. Mas como  
fuese el traidor tan astuto, pienso que  
me sintió, y dende en adelante mudó  
propósito, y asentaba su jarro entre las  
piernas, y atapábale con la mano, y  
así bebia seguro. Yo como estaba he-

cho al vino, moria por él: y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valia, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sútil, y delicadamente con una muy delgada tortilla de cera taparlo: y al tiempo de comer, fingiendo haber frío, entrábame entre las piernas del triste ciego, á calentarme en la pobreccilla lumbre que teníamos: y al calor della luego derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla á destilarme en la boca, la qual yo de tal manera ponía, que maldita la gota se perdía. Quando el pobrete iba á beber, no hallaba nada. Espantabase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo que podía ser.

No diréis, tío, que os lo bebo, yo decía, pues no le quitais de la mano.

Tantas vueltas y tientos dió al jarro, que halló la fuente y cayó en la burla; mas así lo disimuló, como si no lo hu-

biera sentido. Y luego otro dia, teniendo yo rezumando mi jarro, como solia, no pensando el daño que me estaba aparejado, ni que el mal ciego me sentia, sentéme como solia, estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hacia el cielo, un poco cerrados los ojos, por mejor gustar el sabroso liquor. Sintió el desesperado ciego, que agora tenia tiempo de tomar de mí venganza, y con toda su fuerza alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dexó caer sobre mi boca, ayudándose, como digo, con todo su poder: de manera que el pobre Lázaro, que de nada desto se guardaba, ántes como otras veces estaba descuidado y gozoso, verdaderamente le pareció, que el cielo con todo lo que en él hay, le había caido encima. Fué tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos díl se me metié.

ron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy dia me quede.

Desde aquella hora quise mal al mal ciego, y aunque me queria y regalaba y me curaba, bien vi, que se habia holgado del cruel castigo. Lavome con vino las roturas, que con los pedazos del jarro me habia hecho, y sonriendose decia: ¿qué te parece, Lazaro? lo que te enfermó te sana y da salud. — Y otros donaires, que á mi gusto no lo eran.

Ya que estuve medio bueno de mi negra trepa y cardenales, considerando que á pocos golpes tales el cruel ciego ahorraria de mí, quise yo ahorrar dél; mas no lo hice tan presto, por hacello mas á mi salvo y provecho. Aunque yo quisiera asentar mi corazon, y perdonalle el jarrazo, no daba lugar el mal tratamiento, que el mal ciego desde allí adelante me hacia: que sin

causa ni razon me heria, dándome cos-  
corrones y repelándome.

Y si alguno le decia, porque me  
trataba tan mal, luego contaba el cuen-  
to del jarro, diciendo: pensais, que  
este mi mozo es algun inocente; pues  
oid, si el demonio ensayara otra tal  
hazaña. — Santiguándose los que lo  
oian, decian: mira, quien pensara de  
un muchacho tan pequeño tal ruindad.  
Y reian mucho el artificio, y decíanle:  
¡castigaldo, castigaldo, que de Dios lo  
habreis! — Y él con aquello nunca otra  
cosa hacia. Y en esto yo siempre le lle-  
vaba por los peores caminos, y adrede  
por le hacer mal y daño. Si había pie-  
dras, por ellas; si lodo, por lo mas  
alto: que aunque yo no iba por lo mas  
enxuto, holgábame á mí de quebrar un  
oj o, por quebrar dos al que ninguno  
tenia. Con esto siempre con el cabo  
alto del tiento me atentaba el colodri-  
llo, el qual siempre traia lleno de to-

londrones, y pelado de sus manos; y aunque yo juraba no lo hacer con malicia, sino por no hallar mejor camino, no me aprovechaba, ni me creia; mas tal era el sentido y el grandísimo entendimiento del traidor.

Y porque vea Vuestra Merced á quanto se estendia el ingenio deste astuto ciego, contaré un caso de muchos, que con él me acaeciéreron, en el qual me parece dió bien á entender su gran astucia. Quando salimos de Salamanca, su motivo fué venir á tierra de Toledo, porque decia ser la gente mas rica, aunque no muy limosnera. Arrimábase á este refran: mas da el duro, que el desnudo. Y venímos á este camino por los mejores lugares. Donde hallaba buena acogida y ganancia, deteníamonos: donde no, á tercero dia hacíamos San Juan.

Acaeció que llegando á un lugar, que llaman Almorox, al tiempo que cogian las uvas, un vendimiador le dió

un racimo dellas en limosna: y como suelen ir los cestos mal tratados, y tambien porque la uva en aquel tiempo está muy madura, desgranábasele el racimo en la mano; para echarlo en el fardel, tornábase mosto, y lo que á él se llegaba: acordó de hacer un banquete, así por no lo poder llevar, como por contentarme, que aquel dia me había dado muchos rodillazos y golpes. Sentámonos en un valladar, y dixo: agora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es, que ambos comamos este racimo de uvas, y que hayas dél tanta parte como yo. Partillo hemos desta manera: tú picarás una vez, y yo otra, con tal que me prometas no tomar cada vez mas de una uva; yo haré lo mismo, hasta que lo acabemos, y desta suerte no habrá engaño. — Hecho así el concierto, comenzámos; mas luego al segundo lance el traidor mudó propósito, y co-

menzó á tomar de dos en dos, considerando que yo debria hacer lo mismo. Como ví, que él quebraba la postura, no me contenté ir á la par con él, mas aun pasaba adelante, dos á dos y tres á tres, y como podia las comia.

Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano, y meneando la cabeza, dixo: Lázaro, engañando me has; juraré yo á Dios, que has tú comido las uvas tres á tres.

No comí, dixe yo; mas ¿ porque sospechais eso?

Respondió el sagacísimo ciego: sabes en que veo que las comiste tres á tres, en que comia yo dos á dos, y callabas. — Reíme entre mí, y aunque muchacho, noté mucho la discreta consideracion del ciego.

Mas por no ser prolixo, dexo de contar muchas cosas, así graciosas como de notar, que con este mi primer

amo me acaeciérion, y quiero decir el  
despidiente, y con él acabar.

Estábamos en Escalona, villa del Duque della, en meson, y dióme un pedazo de longaniza, que le asase. Ya que la longaniza había pringado, y comidose las pringadas, sacó un maravédi de la bolsa, y mandóme que fuese por él de vino á la taberna. Pusome el demonio el aparejo delante los ojos, el qual, como suelen decir, hace el ladron: y fué, que había cabe el fuego un nabo pequeño, larguillo y ruinoso, y tal, que por no ser para la olla, debió ser echado allí. Y como al presente nadie estuviese sino él y yo solos, como me ví con apetito goloso, habiéndome puesto dentro el sabroso olor de la longaniza, del qual solamente sabia que había de gozar, no mirando que me podria suceder, pospuesto todo el temor, por cumplir con el deseo, entanto que el ciego sa-

caba de la bolsa el dinero, saqué la longaniza, y muy presto metí el sobre-dicho nabo en el asador, el qual mi amo, dándome el dinero para el vino, tomó y comenzó á dar vueltas al fuego, queriendo asar al que de ser cocido por sus deméritos había escapado.

Yo fui por el vino, con el qual no tardé en despachar la longaniza: y quando vine, hallé al pecador del ciego que tenía entre dos rebanadas apretado el nabo, al qual aun no habría conocido, por no haber tentado con la mano. Como tomase las rebanadas y mordiese en ellas, pensando tambien llevar parte de la longaniza, hallóse en frio con el frio nabo. Altesróse y dixo: ¿ qué es esto, Lazarillo ?

¡ Lacerado de mí, dixe yo, si que reis á mí echar algo ! ¿ yo no vengo de traer el vino ? ¡ alguno estaba ay, y por burlar haría esto !

¡ No, no, dixo él, que yo no he

dexado el asador de la mano: no es posible!

Yo torné á jurar y perjurar, que estaba libre de aquel trueco y cambio, mas poco me aprovechó; pues á las astucias del maldito ciego nada se le escondia. Levantóse y asióme por la cabeza, y llegóse á olerme, y como debió sentir el huelgo, á uso de buen podenco. Por mejor satisfacerse de la verdad, y con la gran agonía que llevaba, asiéndome con las manos, abrióme la boca mas de su derecho, y desatentadamente metia la nariz, la qual él tenia luenga y afilada, y aquella sason con el enojo se había aumentado un palmo, con el pico de la qual me llegó á la gulilla. Con esto y con el gran miedo que tenia, y con la brevedad del tiempo, la negra longaniza aun no habia hecho asiento en el estómago, y lo mas principal, con el desgaste de la cumplidísima nariz, me-

dio casi ahogándome: todas estas cosas se juntaron y fuéreron causa, que el hecho y golosina se manifestase, y lo suyo fuese vuelto á su dueño. De manera que ántes que el mal ciego sacase de mi boca su trompa, tal alteracion sintió mi estómago, que le dió con el hurto en ella: de suerte que su nariz y la negra mal mascada longaniza á un tiempo salieron de mi boca.

¡O gran Dios! quien estuviera aquella hora sepultado, que muerto ya lo estaba! Fué tal el coraje del perverso ciego, que si al ruido no acudieran, pienso no me dexara con la vida. Sacáronme dentre sus manos, dexándose las llenas de aquellos pocos cabellos que tenia, arañada la cara, y rascuñando el pescuezo y la garganta: y esto bien lo merecía, pues por su maldad me venian tantas persecuciones.

Contaba el mal ciego á todos quantes allí se allegaban mis desastres, y

dábales cuenta una y otra vez, así de la del jarro, como de la del racimo; y agora de lo presente. Era la risa de todos tan grande, que toda la gente, que por la calle pasaba, entraba á ver la fiesta. Mas con tanta gracia y donaire contaba el ciego mis hazañas, que, aunque yo estaba tan mal tratado y llorando, me parecía que hacia sin justicia en no se las reir.

Y en quanto esto pasaba á la memoria me vino una cobardía y flojedad, que hice, porque me maldecía, y fué no dexalle sin narices, pues tan buen tiempo tuve para ello, que la mitad del camino estaba andado: que con solo apretar los dientes se me quedaran en casa; y con ser de aquel malvado, porventura lo retuviera mejor mi estómago, que retuvo la longaniza, y no pareciendo ellas, pudiera negar la demanda. ¡ Pluguiera á Dios, que lo hubiera hecho, que eso fuera así que así!

Hí-

Hiciéronnos amigos la mesonera y los que allí estaban, y con el vino, que para beber le había traído, lavaronme la cara y la garganta, sobre lo qual discantaba el mal ciego donaires, diciendo: por verdad, mas vino me gasta este mozo en lavatorios al cabo del año, que yo bebo en dos. A lo mémos, Lázaro, eres en mas cargo al vino, que á tu padre; porque él una vez te engendró, mas el vino mil te ha dado la vida.

Y luego contaba, quantas veces me había descalabrado y harpado la cara, y con vino luego sanaba. — Yo te digo, dixo, que si hombre en el mundo ha de ser bienaventurado con vino, que serás tú. — Y reian mucho los que me lavaban con esto, aunque yo renegaba.

Mas el pronóstico del ciego no salió mentiroso, y despues acá muchas veces me acuerdo de aquel hombre,

que sin duda debia tener espiritu de  
prophecia, y me pesa de los sinsabores que le hice, aunque bien se lo  
pagué, considerando lo que aquel dia  
me dixo, salirmee tan verdadero, como  
adelante Vuestra Merced oirá.

Visto esto y las malas burlas, que  
el ciego burlaba de mí, determiné de  
todo en todo dexalle, y como le traia  
pensado y lo tenia en voluntad, con  
este postrer juego, que me hizo, afri-  
mélo mas. Y fué así: que luego otro  
dia salímos por la villa á pedir limosna,  
y había llovido muche la noche ántes,  
y porque el dia tambien llovía, y an-  
daba rezando debaxo de unos portales  
que en aquel pueblo habia, donde no  
nos mojábamos. Mas como la noche se  
venia, y el llover no cesaba, díxome el  
ciego: Lázaro, este agua es muy por-  
fiada, y quanto la noche mas cierra,  
mas recia; acogámonos á la posada con  
tiempo.

Para ir allá, habíamos de pasar un arroyo, que con la mucha agua iba grande; yo le dixe: tio, el arroyo va muy ancho, mas si quereis, yo veo por donde travesemos mas aina sin nos mojar, porque se estrecha allí mucho, y saltando, pasarémos á pie enxuto.

Parecióle buen consejo, y dixo: discreto eres, por esto te quiero bien; llévame á ese lugar, donde el arroyo se ensangosta, que agora es invierno y sabe mal el agua, y mas llevar los pies mojados.

Yo que vi el aparejo á mi deseo, saquéle debaxo los portales, y llevéle derecho de un pilar ó poste de piedra, que en la plaza estaba, sobre el qual y sobre otros cargaban saledizos de aquellas casas, y dixele: tio, este es el paso mas angosto que en el arroyo hay. — Como llovía recio, y el triste se mojaba, y con la priesa que llevábamos de salir del agua, que encima

nos caia, y lo mas principal, porque Dios le cegó aquella hora el entendimiento, fué por darme dél venganza. Creyóse de mí, y dixo: ponme bien derecho, y salta tú el arroyo.

Yo le puse bien derecho en frente del pilar, y doy un salto, y póngome detras del poste, como quien esperá tope de toro, y dixe: sus, salta todo lo que podais, porque deis deste cabo del agua. — Aun apénas lo había acabado decir, quando se abalanza el pobre ciego como cabron, y de toda su fuerza arremete, tomando un paso atras de la corrida, para hacer mayor salto, y da con la cabeza en el poste, que sonó tan recio, como si diera con una gran calabaza, y cayó luego para atras medio muerto y hendida la cabeza.

¿ Cómo, y olistes la longaniza, y no el poste? oled! le dixe yo. — Y dexéle en poder de mucha gente, que

lo había ido á socorrer, y tomé la puerta de la villa en los pies de un trote, y antes que la noche viniese di conmigo en Torrijos. No supe mas lo que Dios dél hizo, ni curé de lo saber.

---

---

### CAPÍTULO TERCERO.

---

*Como Lázaro se asentó con un clérigo, y de las cosas que con él pasó.*

Otro dia no pareciéndome estar allí seguro, fuíme á un lugar que llaman Maqueda, adonde me toparon mis pecados con un clérigo, que llegando á pedir limosna, me preguntó, si sabia ayudar á Misa. Yo dixe que sí, como era verdad: que aunque mal tratado, mil cosas buenas me mostró el pecador del ciego, y una dellas fué esta. Finalmente el clérigo me recibió por suyo. Escapé del trueno y di en el relámpago; porque era el ciego para con este un Alexandre Magno, con ser la misma avaricia, como he

contado. No digo mas, sino que toda la laceria del mundo estaba encerrada en este; no sé si de su cosecha era, ó lo habia anexado con el hábito de clericía.

Él tenía un arcaz viejo y cerrado con su llave, la qual traia atada con un agujeta del paletoque: y en viiendo el boidgo de la iglesia, por su mano era luego allí lanzado, y tornaba á cerrar el arca. En toda la casa no habia ninguna cosa de comer, como suele estar en otras, algun tocino colgado al humero, algun queso puesto en alguna tabla ó en el armario, algun canastillo con algunos pedazos de pan que de la mesa sobran: que me parece á mí, que aunque dello no me aprovechara, con la vista dello me consolara. Solamente había una horta de cebollas y tras la llave en una cámara en lo alto de la casa. Destas tenía yo de racion una para cada quatro dias: y quando le pedía

la llave para ir por ella, si alguno estaba presente, echaba mano al falso-peto, y con gran continencia la desataba y me la daba, diciendo: toma, y vuélvela; y no hagais sino golosinar; — como si debaxo della estuvieran todas las conservas de Valencia, con no haber en la dicha cámara, como dixe, maldita la otra cosa que las cebollas colgadas de un clavo, las quales él tenia tambien por cuenta, que si por malos de mis pecados me desmandara á mas de mi tasa, me costara caro.

Finalmente yo me finaba de hambre, pues ya que comigo tenia poca caridad, consigo usaba mas. Cinco blancas de carne era su ordinario para comer y cenar. Verdad es, que partia comigo del caldo, que de la carne tan blanco el ojo, sino un poco de pan, y pluguiera á Dios, que me demediara.

Los sábados comen en esta tierra cabezas de carnero, y enviábame por una, que costaba tres maravedis. A aquella le cocia y comia los ojos y la lengua, y el cogote y sesos, y la carne que en las quixadas tenia, y dábamle todos los huesos roidos, y dábamlos en el plato, diciendo: ¡toma, come, triunfa! que para tí es el mundo; mejor vida tienes que el Papa. — Tal te la dé Dios, decia yo paſo entre mí.

Al cabo de tres sém̄anas que estuve con él, vine á tanta flaqueza, que no me podía tener en las piernas de pura hambre. Víme claramente ir á la sepultura, si Dios y mi saber no me remediaran. Para usar de mis mañas no tenía aparejo, por no tener en qué dalle salto, y aunque algo hubiera, no pudiera cegalle, como hacia al que Dios perdone, si de aquella calabaza da feneциó: que todavía, aunque astuc-

to, con faltalle aquel preciado sentido, no me sentia; mas estotro, ninguno hay que tan aguda vista tuviese como él tenia.

Quando al ofertorio estábamos, ninguna blanca en la concha caia, que no era dél registrada. El un ojo tenia en la gente, y el otro en mis manos. Bailábanle los ojos en el casco, como si fueran de azogue. Quantas blancas ofrecian, tenia por cuenta, y acabado el ofrecer, luego me quitaba la concheta y la ponia sobre el altar. No era yo señor de asirle una blanca, todo el tiempo que con él viví, ó por mejor decir morí.

De la taberna nunca le traxe una blanca de vino, mas aquel poco, que de la ofrenda habia metido en su arcaz, compasaba de tal forma, que le duraba toda la semana. Y por ocultar su gran mezquindad, deciamos: mira, mozo, los Sacerdotes han de ser muy

templados en su comer y beber; y por esto yo no me desmánado como otros.

— Mas el lacerado mentia falsamente, porque en confradias y mortuorios, que rezámos, á costa agena comia como lobo, y bebia mas que un saludador. Y porque dice mortuorios, Dios me perdone, que jamas fui enemigo de la naturaleza humana, sino entonces: y esto era, porque comíamos bien, y me hartaban. Deseaba y aun rogaba á Dios, que cada dia matase el suyo. Y quando dábamos Sacramento á los enfermos, especialmente la extrema unción, como manda el clérigo rezar á los que están allí, yo cierto no era el postrero de la oracion, y con todo mi corazon y buena voluntad rogaba al Señor, no que le echase á la parte que mas servido fuese, como se suele decir, mas que le llevase deste mundo. Y quando alguno destos escapaba, (Dios me lo perdone) que mil veces

le daba al diablo, y el que se moria, otras tantas bendiciones llevaba de mí dichas.

En todo el tiempo que allí estuve, que serian quasi seis meses, solas veinte personas fallecieron, y estas bien creo que las maté yo, ó por mejor decir, muriéron á mi reqüesta; porque viendo el Señor mi rabiosa y continua muerte, pienso que se holgaba de matarlos, por darme á mí vida. Mas de lo que al presente padecía, remedio no hallaba, que si el dia que enterrábamos yo vivia, los dias que no había muerto; por quedar bien vedado de la hartura, tornando á mi quotidiana hambre, mas lo sentia. De manera que en náda hallaba descanso, salvo en la muerte, que yo tambien para mí como para los otros deseaba algunas veces; mas no la via, aunque estaba siempre en mí. Pense muchas veces irme de aquél

mezquino amo, mas por dos cosas lo dexaba: la primera, por no atrever á mis piernas, por temer de la flaqueza que de pura hambre me venia, y la otra, consideraba y decia: yo he tenido dos amos; el primero traíame muerto de hambre, y dexándole topé con estotro, que me tiene ya con ella en la sepultura; pues si dese desisto y doy en otro mas bajo ¿que será sino fenercer? — Con esto no me osaba menear, porque tenia por fe, que todos los grados habia de hallar mas ruines, y á abaxar otro punto, no sonara Lázaro ni se oyera en el mundo.

Pues estando en tal afliccion, qual plega al Señor librar della á todo fiel Christiano, y sin saber darmel consejo, viéndome ir de mal en peor, un dia qual cuitado, ruin y lacerado de mi amo habia ido fuera del lugar, llegó á caso á mi puerta un calderero, el qual yo creo que fué Angel, enviado

á mí por la mano de Dios en aquél hábito. Preguntóme, si tenía algo que adobar. — En mí teníades bien que hacer, y no haríades poco, si me remediasedes, dixe paso, que no me oyó. Mas como no era tiempo de gastarle en decir gracias, alumbrado por el Espíritu santo, le dixe: tío, una llave desta arca he perdido, y temo, mi Señor me azote; por vuestra vida veais, si en estas que traéis hay algunas que le haga: que yo os lo pagaré.

Comenzó á probar el angélico calderero una y otra de un gran sartal que dellas traia, y yo ayudalle con mis flacas oraciones; quando no me cato veo en figura de panes, como dicen, la cara de Dios dentro del arca, y abierto, díxele: yo no tengo dineros que os dar por la llave, mas tomad de ay el pago. — Él tomó un bodegón de aquellos el que mejor le pareció, y dándome mi llave, se fué muy contento, dexándome

mas á mí. Mas no toqué en nada por el presente, porque no fuese la falta sentida, y aun porque me ví de tanto bien señor, parecióme, que la hambre no se me osaba llegar.

Vino el misero de mi amo, y quiso Dios no miró en la oblada, que el Ángel había llevado. Y otro dia en saliendo de casa, abro mi paraíso paral, y tomo entre las manos y dientes un boidgo, y en dos Credos le hice invisible, no se me olvidando el arca abierta: y comienzo á barrer la casa con mucha alegría, pareciéndome con aquel remedio remediar dende en adelante la trista vida.

Y así estuve con ello aquel dia y otro gozoso; mas no estaba en mi dicha, que me durase mucho aquel descanso, porque luego al tercero dia me vino la terciana derecha, y fué que veo á deshora al que me mataba de hambre sobre nuestro arcaz, volvien-

do y revolviendo, contando y tornando á contar los panes. Yo disimulaba, y en mi secreta oracion y devociones, y plegarias decia: ¡San Juan, y ciégale!

Despues que estuvo un gran rato, echando la cuenta por dias y dedos contando, dixo: si no tuviera á tan buen recaudo esta arca, yo dixeria, que me habian tomado della panes; pero de hoy mas, solo por cerrar puerta á la sospecha, quiero tener buena cuenta con ellos. Nueve quedan y un pedazo. — Nuevas malas te dé Dios, dixe yo entre mí. — Parecióme, con lo que dixo, pasarme el corazon con saeta de montero, y comenzóme el estómago á escarvar de hambre, viéndose puesto en la dieta pasada.

Fué fuera de casa: yo por consolarme abro el arca, y como vi el pan, comencélo de adorar (no osando recibillo); contélos, si á dicha el lacerado

se errara, y hallé su cuenta mas verdadera que yo quisiera. Lo mas que yo pude hacer fué, dar en ellos mil besos, y lo mas delicado, que yo pude, del partido partí un poco al pelo que él estaba: y con aquel pasé aquél dia, no tan alegre como el pasado. Mas como la hambre creciese, mayormente que tenia el estómago hecho á mas pán aquellos dos ó tres días ya dichos, moria mala muerte, tanto que otra cosa no hacia en viéndome solo, sino abrir y cerrar el arca, y contemplar en aquella cara de Dios, que así dicen los niños. Mas el mismo Dios que socorre á los afligidos, viéndome en tal estrecho, truxo á mi memoria un pequeño remedio, que considerando entre mí, dixe: este arqueton es viejo y grande, y roto por algunas partes, aunque pequeños agujeros: puédese pensar, que ratones entrando en él, hacen daño á este pan; sacarlo en-

tero no es cosa conveniente, porque verá la falta el que en tanta me hace vivir: esto bien se sufre. Y comienzo á desmigajar el pan sobre unos no muy costosos manteles que allí estaban, y tomo uno y dexo otro, de manera que en cada qual de tres ó quattro desmigaje su poco, y despues como quien toma gragéa lo comi, y algo me consolé.

Mas él como viniese á comer, y abriese el arca, vió el mal pesar, y sin duda creyó ser ratones los que el daño habian hecho, porque estaba muy al proprio contrahecho de como ellos lo suelen hacer. Miró todo el arcaz de un cabo á otro, y vióle ciertos agujeros, por do sospechaba habian entrado. Llamóme, diciendo: Lázaro, mira, mira, que persecucion ha venido aquesta noche por nuestro pan. — Yo hiceme muy maravillado, preguntándole qué seria. — ¿Qué ha de

ser? dixo él; ratones, que no dexan cosa á vida. — Pusímonos á comer, y quiso Dios, que aun en este me fué bien: que me cupo mas pan que la lacería que me solia dar, porque rayó con un cuchillo todo lo que pensó ser ratonado, diciendo: cómete eso, que el ratón cosa limpia es.

Y así aquel dia añadiendo la racion del trabajo de mis manos, ó de mis uñas, por mejor decir, acábámos de comer, aunque yo nunca empezaba. Y luego me vino otro sobresalto, que fué verle andar solícito, quitando clavos de paredes y buscando tablillas, con las cuales clavó y cerró todos los agujeros de la vieja arca. ¡O Señor mio, dixe yo entonces, á quanta miseria y fortuna y desastres estamos puestos los nacidos, y quan poco duran los placeres desta nuestra trabajosa vida! ¡He me aquí, que pensaba con este pobre y triste remedio remediar

y pasar mi lacéria, y estaba ya quanto que alegre y de buenaventura; mas no quiso mi desdicha, despertando á este lacerado de mi amo, y poniéndole mas diligencia de la que él de suyo se tenia (pues los miserios por la mayor parte nunca de aquella carecen), agora cerrando los agujeros del arca, cerrase la puerta á mi consuelo y la apriese á mis trabajos!

Así lamentaba yo en tanto que mi solícito carpintero con muchos clavos y tablillas dió fin á sus obras, diciendo: agora, dueños traidores ratones, conviene os mudar propósito, que en esta casa mala medra teneis.

De que salió de su casa, voy á ver la obra, y hallé, que no dexó en la triste y vieja arca agujero, ni aun por donde pudiese entrar un mosquito. Abro con mi desaprovechada llave, sin esperanza de sacar provecho, y vi los dos ó tres panes comenzados, los que

mi amo creyó ser ratonados, y dellos todavía saqué alguna lacería, tocándolos muy ligeramente á uso de esgrimidor diestro. Como la necesidad sea tan gran maestra, viéndome con tanta hambre, noche y dia estaba pensando la manera que ternia en sustentar el vivir, y pienso para hallar estos negros remedios, que me era luz la hambre, pues dicen, que el ingenio con ella se avisa, y al contrario con la hartura: y así era por cierto en mí.

Pues estando una noche desvelado en este pensamiento, pensando como me podria valer y aprovecharme del arcaz, sentí que mi amo dormia, porque lo mostraba con roncar y en unos resoplidos grandes, que daba quando estaba durmiendo. Levantéme muy quedito, y habiendo el dia pensado lo que habia de hacer, y dexado un cuchillo viejo, que por allí andaba, en parte do le hallase, voyme al triste

arcaz, y por do habia mirado tener  
ménos defensa, le acometí con el cu-  
chillo, que á manera de barreno dél  
usé. Y como la antiquísima arca, por  
ser de tantos años, la hallase sin fuer-  
za y corazon, ántes muy blanda y  
carcomida, luego se me rindió y con-  
sintió en su costado, por mi remedio,  
un buen agujero. Esto hecho abro  
muy paso la llagada arca, y al tiento  
del pan que hallé partido, hice segun  
de yuso está escrito. Y con aquello  
algun tanto consolado, tornando á cer-  
rar, me volví á mis pajas, en las qua-  
les reposé y dormí un poco, lo qual  
yo hacia mal, y echábalo á no comer;  
y así seria, porque cierto en aquel  
tiempo no me debian de quitar el sue-  
ño los cuidados del Rey de Francia.

Otro dia fué por el Señor mi amo  
visto el daño, así del pan como del  
agujero que yo había hecho, y comen-  
zó á dar al diablo los ratones, y de-

cir: ¿qué dirémos á esto? ¿nunca haber sentido ratones en esta casa, si no agora? — Y sin duda debia de decir verdad, porque si casa habia de haber en el reyno justamente dellos privilegiada, aquella de razon habia de ser; porque no suelen morar donde no hay que comer. Torna á buscar clavos por la casa y por las paredes, y tablillas á atapárselos.

Venida la noche y su reposo, luego yo era puesto en pie con mi aparejo, y quantos él tapaba de dia, destapaba yo de noche. En tal manera fué y tal priesa nos dímos, que sin duda por esto se debió decir: donde una puerta se cierra, otra se abre. Finalmente pareciamos tener á destajo la tela de Penélope; pues quanto él texia de dia, rompia yo de noche. Y en pocos dias y noches pusimos la pobre dispensa de tal forma, que quien quisiera propriamente della hablar, mas

corazas viejas de otro tiempo que no arcaz la llamara, segun la clavazon y tachuelas sobre si tenia.

De que vió no le aprovechar nada su remedio, dixo: este arcaz está tan mal tratado y es de madera tan vieja y flaca, que no habrá raton, á quien se defienda, y va ya tal, que si andamos mas con él, nos dexará sin guarda: y aun lo peor, que aunque hace poca, todavía hará falta faltando, y me pondrá en costa de tres ó cuatro reales. El mejor remedio que hollo, pues él de hasta aquí no aprovecha, armaré por de dentro á estos ratones malditos.

Luego buscó prestada una ratonera, y con cortezas de queso, que á los vecinos pedía, contino el gato estaba armado dentro del arca, lo qual era para mí singular auxilio; porque pueste caso que yo no había menester muchas salsas para comer, todavía me

holgaba con las cortezas del queso que de la ratonera sacaba, y sin esto no perdonaba el ratonar del boidgo. Cómo hallase el pan ratonado y el queso comido, y no cayese el raton que lo comia, dábase al diablo y preguntaba á los vecinos, qué podria ser, comer el queso y sacarlo de la ratonera, y no caer ni quedar dentro el raton, y hallar caida la trampilla del gato?

Acordáron los vecinos, no ser el raton el que este daño hacia, porque no fuera ménos de haber caido alguna vez. Díxole un vecino: en vuestra casa yo me acuerdo que solia andar una culebra, y esta debe de ser sin duda. Y lleva razon, que como es larga, tiene lugar de tomar el cebo, y aunque la coja la trampilla encima, como no entre toda dentro, tórnase á salir. — Quadró á todos lo que aquel dixo, y alteró mucho á mi amo: y dende en adelante no dormia tan á sueño suelto,

que qualquier gusano de la madera que de noche sonase pensaba ser la culebra, que lo roja el arca. Luego era puesto en pie, y con un garrote, que á la cabecera, desde que aquello le dixeron, ponía, daba en la pecadora del arca grandes garrotazos, pensando espantar la culebra. Á los vecinos despertaba con el estruendo que hacia, y á mí no dexaba dormir. Ibase á mis pajas y trastornábalas y á mí con ellas, pensando que se iba para mí y se envolvía en mis pajas ó en mi sayo; porque le decían, que de noche acaecía á estos animales, buscando calor, irse á las cunas donde están criaturas, y aun mordellas y hacerles peligrar.

Yo los mas veces hacia del dormido, y en la mañana decíame él: ¿esta noche, mozo, no sentiste nada? Pues tras la culebra anduve, y aun pienso se ha de ir para tí á la cama, que son muy frias y buscan calor.

Plega á Dios, que no me muerda,  
decia yo, que harto miedo le tengo.

Desta manera andaba tan elevado y  
levantado del sueño, que mi fe la culebra,  
ó el culebro, por mejor decir, no osaba  
roer de noche, ni levantarse al arca;  
mas de dia, miéntras estaba en la igle-  
sia ó por el lugar, hacia mis saltos.  
Los quales daños viendo y el poco re-  
medio que les podia poner, andaba de  
noche, como digo, hecho trasgo.

Yo hube miedo que con aquellas  
diligencias no me topase con la llave,  
que debaxo de las pajas tenia, y pa-  
recíome lo mas seguro, metella de  
noche en la boca, porque ya desde  
que viví con el ciego, la tenia tan  
hecha bolsa, que me acaeció tener en  
ella doce ó quince maravedis todo en  
medias blancas, sin que me estorbasse  
el comer; porque de otra manera no  
era señor de una blanca, que el mal-  
dito ciego no cayese con ella, no de-

xando costura ni remiendo que no me buscaba muy amenudo.

Pues así, como digo, metía cada noche la llave en la boca, y dormía sin rezelo que el bruxo de mi amo cayese con ella. Mas quando la desdicha ha de venir, por demas es diligencia. Quisiéron mis hados, ó por mejor decir, mis pecados, que una noche, que estaba durmiendo, la llave se me puso en la boca, que abierta debia tener, de tal manera y postura, que el ayre y resoplo, que ya durmiendo echaba, salia por lo hueco de la llave, que de cañuto era, y silbaba, segun mi desastre quiso, muy recio: de tal manera, que el sobresaltado de mi amo lo oyó, y creyó sin duda ser el silbo de la culebra, y cierto lo debia parecer. Levantóse muy paso con su garrote en la mano, y al tiento y sonido de la culebra se llegó á mí con mucha quietud, por no ser sentido de

la culebra. Y como cerca se vió, pensó que allí en las pajas do yo estaba echado, al calor mio se había venido. Levantando bien el palo, pensando tenerla debaxo y darle tal garrotazo que la matase, con toda su fuerza me descarga en la cabeza tan gran golpe, que sin ningun sentido y muy mal descalabrado me dexó.

Como sintió que me había dado, segun yo debia hacer gran sentimiento con el fiero golpe, contaba él, que se había llegado á mí, y dándome grandes voces llamándome, procuró recordarme. Mas como me tocase con las manos, tentó la mucha sangre, que se me iba, y conoció el daño que me había hecho, y con mucha priesa fué á buscar lumbre: y llegando con ella, hallóme quejando, todavía con mi llave en la boca, que nunca la desamparé, la mitad fuera, bien de aquella manera, que debia estar al tiempo que silbaba con ella.

Espantado el matador de culebras que podria ser aquella llave, miróla, sacándomela del todo de la boca, y vió lo que era; porque en las guardas nada de la suya diferenciaba. Fué luego á proballa, y con ella probó el maleficio. Debió de decir el cruel cazador: el ratón y culebra, que me daban guerra y me comian mi hacienda, he hallado. — De lo que sucedió en aquellos tres dias siguientes ninguna se daré, porque los tuve en el vientre de la balena; mas de como esto que he contado oí, despues que en mí torné, decir á mi amo, el qual á quantos allí venian, lo contaba por extenso.

Al cabo de tres dias yo torné en mi sentido, y víme echado en mis pajas, la cabeza toda emplastada y llena de aceytes y ungüentos; y espantado dixe: ¿qué es esto? — Respondíome el cruel sacerdote: á fe que los ratones

y culebras que me destituyan, ya los he cazado. — Y miré por mí, y víme tan mal tratado, que luego sospeché mi mal.

Á esta hora entró una vieja, que ensalmaba, y los vecinos, y comienzan me quitar trapos de la cabeza y curar el garrotazo: y como me hallaron vuelto en mi sentido; holgáronse mucho y dixérón: pues ha tornado en su acuerdo, placerá á Dios, no será nada. — Ay tornáron de nuevo á contar mis cuitas, y á reirlas, y yo pecador á llorarlas. Con todo esto diéronme de comer, que estaba transido, y apénas me pudiéron remediar. Y así de poco en poco á los quince días me levanté y estuve sin peligro, mas no sin hambre, y medio sano.

Luego otro dia que fui levantado, el señor mi amo me tomó por la mano y sacóme la puerta fuera, y puesto en la calle, díxome: Lázaro, de hoy mas

eres tuyo y no mio. Busca amo, y  
vete con Dios: que yo no quiero en  
mi compañía tan diligente servidor.  
No es posible, sino que hayas sido  
mozo de ciego. — Y santiguándose  
de mí, como si yo estuviera endemo-  
niado, se torna á meter en casa y cier-  
ra su puerta.

C A-

---

## CAPÍTULO QUARTO.

---

*Como Lázaro se asentó con un escudero, y de lo que le acaeció con él.*

Desta manera me fué forzado sacar fuerzas de flaqueza, y poco á poco con ayuda de las buenas gentes dí comigo en esta insigne ciudad de Toledo, a donde, con la merced de Dios, dende á quince dias se me cerró la herida. Miéntras estaba malo, siempre me daban alguna limosna, mas despues que estuve sano, todos me decian: ¡tú bellaco y gallofero eres; busca, busca un amo á quien sirvas! — Y adonde se hallará ese, decia yo entre mí, si Dios agora de nuevo, como crió el mundo, no lo criase?

Andando así discurriendo de puerta en puerta, con harto poco remedio (porque ya la caridad se subió al cielo), topóme Dios con un escudero, que iba por la calle con razonable vestido, bien peinado, su paso y compas en orden. Miróme y yo á él, y díxome: ¿muchacho, buscas amo?

Yo le dije: si Señor.

Pues vente tras mí, me respondió, que Dios te da hecho merecío en topar contigo. Alguna buena oración rezaste hoy.

Yo seguíle, dando gracias á Dios por lo que le oí, y también que me parecía segun su hábito y continente ser el que yo había querido.

Era de mañana quando este mi tercero amo topé, y llevóme tras su gran parte de la ciudad. Pasamos por las plazas do se vendía pan y otras provisiones, y yo pensaba y aun deseaba, que allí me quería cargar de lo que se

vendia, porque esta era propria hora quando se suele proveer de lo necesario; mas muy á tendido paso pasaba por estas cosas. Porventura no le vée aquí á su contento, decia yo, y quería que lo compremos en otro cabo.

Desta manera anduvimos hasta que dió las once; entonces se entró en la iglesia mayor, y yo tras él, y muy devotamente le vi oir misa y los otros oficios divinos, hasta que todo fué acabado y la gente ida. Entonces salimos de la iglesia, y á buen paso tendido comenzamos á ir por una calle abajo. Yo iba el mas alegre del mundo en ver que no nos habíamos ocupado en buscar de comer. Bien consideré, que debia ser hombre mi nuevo amo, que se proveia en juntó y que ya la comida estaria á punto, y tal como yo la descababa y aun la había menester.

En este tiempo dió el reloj la una

despues de medio dia, y llegamos á una casa, ante la qual mi amo se paró y yo con él. Y derribando el cabo de la capa sobre el lado izquierdo, sacó una llave de la manga, y abrió su puer-  
ta. Entramos en casa, la qual tenia la entrada obscura y lóbrega, de tal manera, que parecia que ponía temor á los que en ella entraban, aunque dentro della estaba un patio pequeño y razonables cámaras. Des que fuimos entrados quita de sobre sí su capa, y preguntando si tenia las manos limpias, la sacudimos y doblámos, y muy limpiamente soplando un poyo que allí estaba, la puso en él. Hecho esto sentóse cabo della, preguntándole muy por extenso, de donde era, y como había venido á aquella ciudad? y yo le di mas larga cuenta que quisiera, porque me parecia mas conveniente hora de mandar poner la mesa y escudillar la olla, que de lo que me pedía.

Con todo eso yo le satisfice de mi persona, lo mejor que mentir supe, diciendo mis bienes y callando lo demas, porque me parecia no ser para en cámara. Esto hecho estuvo así un poco, y yo luego vi mala señal, por ser ya casi las dos, y no le ver mas aliento de comer que á un muerto. Despues desto consideraba aquel tener cerrada la puerta con llave, ni sentir arriba ni abaxo pasos de viva persona por la casa. Todo lo que habia visto eran paredes, sin ver en ella silleta ni tajo, ni banco ni mesa, ni aun tal arcaz como él de marras. Finalmente ella parecia casa encantada.

Estando así, díxome: tú mozo ¿has comido? — No Señor, dixe yo: que aun no eran dadas las ocho, quando con Vuestra Merced encontré.

Pues aunque de mañana, dixo él, yo habia almorcado, y quando así como algo, hágote saber, que hasta la

Noche me estoy así. Por eso pásate  
como pudieres, que despues cenarémos.

Vuestra Merced crea quando esto le  
óí, que estuve en poco de caer de mi  
estado, no tanto de hambre, como por  
conocer de todo en todo la fortuna ser-  
me adversa. Allí se me representaron  
de nuevo mis fatigas, y torné á llorar  
mis trabajos: allí se me vino á la me-  
moria la consideracion, que hacia quan-  
do me pensaba ir del clérigo, dicien-  
do, que aunque aquel era desventura-  
do y misero, porventura toparía con  
otro peor. Finalmente allí lloré mi tra-  
bajosa vida pasada y mi cercana muer-  
te venidera, y con todo disimulando  
lo mejor que pude, le dixe: Señor, mo-  
zo soy que no me fatigo mucho por  
comer, bendito Dios. Deso me podré  
yo alabar entre todos mis iguales por  
de mejor garganta: y así fui yo loado  
della hasta hoy dia de los amos que  
yo he tenido.

Virtud es esa, dixó él, y por esto querré yo mas; porque el hartar es de los puercos, y el comer regladamente de los hombres de bien.

Bien te he entendido, dixe yo entre mí. Maldita tanta medicina y bondad, como aquestos mis amos, que yo hallo, hallan en la hambre.

Púseme á un cabo del portal y saqué unos pedazos de pan del seno, que me habian quedado de los de por Dios. El que vió esto, díxome: ven acá, mozo; ¿qué comes? — Yo lleguéme á él, y mostréle el pan. Tomóme él un pedazo de tres que eran, el mejor y mas grande, y díxome: ¡por mi vida, que parece este buen pan! — ¿Y como agora, dixe yo, Señor, ea bueno? — Sí á fe, dixo él. ¿Adonde lo hubiste? ¿si es amasado de manos limpias? — No sé yo eso, le dixe; mas á mí no me pone asco el sabor dello. — Así plega á Dies, dixo el

pobre de mi amo. Y llevándolo á la boca, comenzó á dar en él tan fieros bocados, como yo en lo otro. ¡Sabrosísimo pan está, dixo; por Dios!

Y como le sentí de que pie coxeaba, díme priesa, porque le ví en disposicion, si acababa ántes que yo, se comediria ayudarme á lo que me quedase. Y con esto acábamos casi á una. Comenzó á sacudir con las manos unas pocas de migajas y bien menudas, que en los pechos se le habian quedado, y entró en una cámara que allí estaba, y sacó un jarro desbocado y no muy nuevo, y des que hubo bebido, convidóme con él. Yo por hacer del continente, dixe: Señor, no bebo vino. — Agua es, me respondió, bien puedes beber. — Entónces tomé el jarro y bebi no mucho, porque de sed no era mi congoja.

Así estuvimos hasta la noche, hablando en cosas que me preguntaba, á

las cuales yo le respondí lo mejor que supe. En este tiempo metíome en la cámara donde estaba el jarro de que bebímos, y dixome: mozo, párate allí, y verás como hacemos esta cama, para que la sepas hacer de aquí adelante. — Púsenme de un cabo y él del otro, y hecimos la negra cama, en la qual no había mucho que hacer; porque ella tenía sobre unos bancos un cañizo, sobre el qual estaba tendida la ropa, que por no estar muy continuada a lavar, se no parecía colchon, aunque servia dél, con harta menos lana que era menester. Aquel tendímos haciendo cuenta de ablandalle, lo qual era imposible, porque de lo duro mal se puede hacer blando. El diablo del enxalma maldita la cosa tenia dentro de sí, que puesto sobre el cañizo, todas las cañas se señalaban y parecian á lo proprio entrecuesto de flaquisimo puerco, y sobre aquel hambriento colchon.

un alfamar del mismo jaez, del qual  
el color yo no pude alcanzar.

Hecha la cama y la noche venida,  
dixome: Lázaro, ya es tarde, y de a-  
quí á la plaza hay gran trecho; tam-  
bién en esta ciudad andan muchos la-  
drones, que siendo de noche capean.  
Pasemos como podemos, y mañana ve-  
niendo el dia, Dios hará merced; por-  
que yo, por estar solo, no estoy pro-  
veido, ántes he comido estos dias por  
allá fuera; mas agora hacerlo hemos  
de otra manera.

Señor, de mí, dixe yo, ninguna  
pena tenga Vuestra Merced, que bien  
sé pasar una noche y aun mas, si es  
menester, sin comer.

Vivirás mas sano, me respondió;  
porque como decíamos hoy, no hay tal  
cosa en el mundo para vivir mucho,  
que comer poco.

Si por esa via es, dixe entre mí,  
nunca yo moriré: que siempre he guar-

dado esa regla por fuerza, y aun es-  
pero en mi desdicha á tenella toda  
mi vida.

Acostóse en la cama, poniendo por  
cabecera las calzas y el jubón, y man-  
dóme echar á sus pies, lo qual yo hice;  
mas maldito el sueño que yo dormí,  
porque las cañas y mis salidos huesos  
en toda la noche no dexaron de rifar  
y encenderse: que con mis trabajos,  
males y hambre pienso que en mi  
cuerpo no había libra de carne: y  
tambien, como aquel dia no había  
comido casi nada, rabiaba de hambre,  
la qual con el sueño no tenía amistad.  
Maldíxeme mil veces (¡Dios me lo per-  
done!) y á mi ruin fortuna, allí lo mas  
de la noche, y lo peor, no osando me  
revolver por no despertalle, pedía Dios  
muchas veces la muerte.

La mañana venida levantámonos, y  
comienza á limpiar y sacudir sus cal-  
zas y jubón, sayo y capa: y yo, que

le servia de pelillo, y visteseme muy á su placer de espacio, echéle aguamancos. Peinóse y púsose su espada en el talabarte, y al tiempo que la ponía, díxome: ¡o si supieses, mozo, que pieza es esta! ¡no hay marco de oro en el mundo, por que yo la diese; mas así ninguna de quantas Antonio hizo, no acertó á ponelle los aceros tan prestos, como esta los tiene! — Y sacóla de la vaina, y tentóla con los dedos, diciendo: Vesla aquí, yo me obligo con ella cercenar un copo de lana. — Y yo, dixe entre mí, con mis dientes, aunque no son de acero, un pan de quattro libras.

Tornóla á meter y ciñósela, y un sartal de cuentas gruesas del talabarte, y con un paso sosegado y el cuerpo derecho, haciendo con él y con la cabeza muy gentiles meneos, echando el cabo de la capa sobre el ombo y á veces so el brazo, y poniendo la

mano derecha en el costado, salió por la puerta, diciendo: Lázaro, mira por la casa en tanto que voy á oir misa; y haz la cama, y vé por la vasija de agua al río, que aquí baxo está, y cierra la puerta con llave, no nos hurten algo, y ponla aquí al quicio, porque, si yo viniere en tanto, pueda entrar.

Y súbese por la calle arriba, con tan gentil semblante y continente, que quien no le conociera, pensara ser muy cercano pariente al Conde de Arcos, ó á lo ménos camarero que le daba de vestir.

¡Bendito séais vos, Señor, quedé yo diciendo, que dais la enfermedad y poneis el remedio! ¿Quien encontrará á aquel mi señor, que no piense, segun el contento de si lleva, haber á noche bien cenado, y dormido en buena cama, y aunque agora es de mañana, no le cuenten por bien almorzado? ¡Grandes secretos son, Señor,

los que vos haceis, y las gentes ignoran! ¿A quien no engañara aquella buena disposicion y razonable capa y sayo, y quien pensara, que aquel gentilhombre se pasó ayer todo el dia con aquell mendrugo de pan, que su criado Lázaro truxo un dia y noche en el arca de su seno, de no se le podia pegar mucha limpieza: y hoy lavándose las manos y cara, á falta de paño de manos, se hacia servir de la haida del sayo? Nadie por cierto lo sospechará. ¡O Señor, y quantos de questi desbeis vos tener por el mundo derramados, que padecen por la negra que llaman honra, lo que por vos no enfrimian!

Así establa yo á la puerta, mirando y considerando estas cosas, hasta que el señor mi amo traspuso la larga y angosta calle. Tornéme á entrar en casa, y en un Credo la anduve toda alto y bajo, sin hacer represa, ni

hallar en qué. Hago la negra dura carna, y tomo el jarro, y doy comigo en el río, donde en una huerta vi en mi año en gran roquista con dos rebujados mugeres, al parecer de las que en aquel lugar no hacen falta, ántes muchas tienen por estilo de irse á las mañanicas del verano á refrescar y almorzar, sin llevar qué, por aquellas frescas riberas, con confianza que no ha de faltar quien se lo dé, segun les tienen puestas en esta costumbre aquéllos hidalgos del lugar.

Y como digo, él estaba entre ellas hecho un Macías, diciéndoles mas chuzuras que Ovidio escribió. Pero como sintieron dél, que estaba bien enternecido, no se des hizo de vergüenza pedirle de almorzar, con el acostumbrado pago. El sintiéndose tan frío de bolsa quanto caliente del estómago, tomóle tal calefrio, que le robó la color del gesto, y comenzó á turbarse

en la plática, y á poner excusas no validas. Ellas que debian ser bien instituidas, como le sintieron la enfermedad, dexáronle para el que era.

Yo que estaba comiendo ciertos tronchos de berzas, con las cuales me desayuné con mucha diligencia, como mozo nuevo, sin ser visto de mi amo, torné á casa, de la qual pensé barrer alguna parte que bien era menester, mas no hallé con qué. Púseme á pensar que haria, y parecióme esperar á mi amo hasta que el dia demediase, y si viniese y porventura traxese algo que comiésemos; mas en vano fué mi esperanza. Des que vi ser las dos y no venia, y la hambre me aquejaba, cierro mi puerta y pongo la llave do mandó, y tórnome á mi menester con baxa y enferma voz, y inclinadas mis manos en los senos, puesto Dios ante mis ojos y la lengua en su nombre, comienzo á pedir pan por las puertas

y

y casas mas grandes que me parecia. Mas como yo este oficio le hubiese mamado en la leche, quiero decir, que con el gran maestro el ciego lo aprendí, tan suficiente discípulo salí, que aunque en este pueblo no habia caridad, ni el año fuese muy abundante, tan buena maña me dí, que ántes que el relox diese las quatro, ya yo tenía otras tantas libras de pan ensiladas en el cuerpo, y mas de otras dos en las mangas y senos.

Volvíme á la posada, y al pasar por la tripería pedí á una de aquellas mujeres, y dióme un pedazo de uña de vaca con otras pocas de tripas cocidas. Quando llegué á casa, ya el bueno de mi amo estaba en ella, doblada su capa y puesta en el poyo, y él paseándose por el patio. Como entré vínose para mí, y pensé que me queria reñir la tardanza; mas mejor lo hizo Dios. Preguntóme do ve-

nia; yo le dije: Señor, hasta que  
dió las dos estuve aquí, y de que  
ví, que Vuestra Merced no venía, fui-  
me por esa ciudad á encomendarme á  
las buenas gentes, y han me dado  
esto que veís. — Mostréle el pan y  
las tripas, que en un cabo de la hal-  
da traia.

Á lo qual él mostró buen semblan-  
te, y dixo: pues esperado de he á co-  
ñer, y de que ví que no veniste, co-  
mí. Mas tú haces como hombre de  
bien en eso, que mas vale pedillo por  
Dios, que no hartalle: y así él me a-  
yude, como ello me parece bien; y  
solamente te encomiendo, no sepan  
que vives contigo, por lo que toca á  
mi honra, aunque bien creo, que será  
secreto, segun lo poco que en este  
pueblo soy conocido, nunca á él yo  
hubiera de venir.

Deso pierda, Señor, cuidado, le  
dixé yo, que maldito aquel qué nin-

gún tiené dé pedirme esa cuenta, ní  
yo dé dalla.

Agora pñes cóme, pecador, dixo él,  
que, si á Dios place, presto nos ve-  
femos sin necesidad, aunque té digo,  
que despues que en esta casa entré,  
nunca bien me ha ido. Debe ser dé  
mal suélo, qué hay casas desdichadas  
y de mal pie, qué á los que viven en  
Ellas pegan la desdicha. Esta debe dé  
ser sin duda dellas, mas yo te prome-  
to, acabado el mes, no quede en ella;  
aunque iné la den por mia.

Sénteme al cabo del poyo, y por  
que no me tuviese por gloton, callé la  
metienda y comienzo á cenar y mor-  
der en mis tripas y pan, y disimulá-  
damente miraba al desventurado señor  
mío, que no partia sus ojos de mis  
faldas, que aquella sazon servian de  
platillo. Tanta lástima haya Dios de mí,  
como yo había dél, porque sentí lo  
que sentía, y muchas veces había por

ello pasado y pasaba cada dia. Pensaba si seria bien comedirme á convidle; mas por me haber dicho que habia comido, temiame no aceptaria el convite. Finalmente yo deseaba que el pecador ayudase á su trabajo del mio, y se desayunase como el dia ántes hizo, pues habia mejor aparejo, por ser mejor la vianda y ménos mi hambre. Quiso Dios cumplir mi deseo, y aun pienso que el suyo; porque como comencé á comer, él se andaba paseando. Llegóse á mí, y díxome: dígote, Lázaro, que tienes en comer la mejor gracia que en mi vida vi á hombre, y que nadie te lo vée hacer, que no le pongas gana, aunque no la tenga.

La muy buena, que tú tienes, dixe yo entre mí, te hace parecer la mia hermosa.

Con todo parecíome ayudarle, pues se ayudaba y me abria camino para ello, y díxele: Señor, el buen aparejo

hace buen artífice. Este pan está saborísimo, y esta uña de vaca tambien cocida y sazonada, que no habrá á quien no convide con su sabor.

¿ Uña de vaca es? preguntó él.

Sí Señor, le dixe yo.

Dígote, dixo él, que es el mejor bocado del mundo, y que no hay faisan, que así me sépa.

Pues pruebe, Señor, dixe yo, y verá que tal está.

Póngole en las uñas la otra, y tres ó quattro raciones de pan de le ma blanco. Asentésemse al lado y comienza á comer, como aquel que lo había gana, reyendo cada huesecillo de aquellos, mejor que un galgo suye lo hiciera.

Con almedrote, decía, es este singular manjar.

Con mejor salsa lo comes tú, respondí yo paso.

Per Diós, dixo él, que me ha

sabido, como si no hubiera hoy comido bocado.

Así me vengan los buenos años, como es ello, dixe yo entre mí.

Pidióme el jarro del agua, y díselo como lo había traído: es señal, que pues no le faltaba el agua, que no le había á mi amo sobrado la comida. Bebimos y muy contentos nos fuimos á dormir, como la noche pasada.

Y por evitar prolixidad, desta manera estuvimos ocho ó diez días, yéndose el pecador en la mañana, con aquél contento y paso contado, a papar ayre por las calles, teniendo en el pobre Lázaro una cabeza de lobo.

Contemplaba yo muchas veces mi desastre, que escapando de los amos ruires, que había tenido, y buscando mejoría, viniese á topar con quien no solo no me mantuviese, mas á quien yo había de mantener. Con todo le quería bien, con ver que no tenía ni po-

dia mas, y ántes le habia lástima que enemistad: y muchas veces, por llevar á la posada con que él lo pasase, yo lo pasaba mal. Porque una mañana levantándose el triste en camisa, subió á lo alto de la casa á hacer sus menesteres: y en tanto yo, por salir de sospecha, desenvolvíle el jupon y las calzas, que á la cabecera dexó, y halle una bolsilla de terciopelo raso, hecha cien dobleces, y sin maldita la blanca, ni señal que la hubiese tenido mucho tiempo. Este, decia yo, es pobre, y nadie dalo que no tiene; mas el avarentio ciego, y el malaventurado mezquino clérigo, que con dárelo Dios á ambos, al uno de mano besada, y al otro de lengua suelta, me mataban de hambre. Aquellos es justo desamar, y aqueste es de haber mancilla.

Dios me es testigo, que hoy dia quando topo con alguno de su hábito, con aquel paso y pompa, le he lástima,

con pensar si padece lo que aquel le vi sufrir, al qual con toda su pobreza holgaria de servir mas que á los otros, por lo que he dicho.

Solo tenia dél un poco de descontento, que quisiera yo que no tuviera tanta presuncion, mas que abaxara un poco su fantasia, con lo mucho que subia su necesidad. Mas segun me parece, es regla ya entre ellos usada y guardada, aunque no haya cornado de trueco, ha de andar el birrete en su lugar. El Señor lo remedie, que ya con este mal han de morir.

Pues estando yo en tal estado, pasando la vida que digo, quiso mi mala fortuna, que de perseguirme no era satisfecha, que en aquella trabajada y vergonzosa vivienda no durase. Y fué, como el año en esta tierra fuese estéril de pan, acordaron el ayuntamiento, que todos los pobres extranjeros se fueran de la ciudad, con pregon; que el

que de allí adelante topasen, fuese punido con azotes. Y así executando la ley, desde á quatro dias que el pregon se dió, vi llevar una procesion de pobres azotando por las quattro calles. Lo qual me puso tan gran espanto, que nunca osé desmandarme á demandar.

Aquí viera quien vello pudiera la abstinencia de mi casa, y la tristeza y silencio de los moradores della, tanto que nos acaeció estar dos ó tres días sin comer bocado, ni hablar palabra. A mi diéronme la vida unas mugerclillas hilanderas de algodon, que hacian bonetes y vivian par de nosotros, con las cuales yo tuve vecindad y conocimiento. Que de la lacería que les traían me daban alguna cosilla, con la qual muy pasado me pasaba. Y no tenia tanta lástima de mí, como del lastimado de mi amo, que en ocho días maldito el bocado que comió; á lo ménos en casa bien los estuvimos

sin comer, no sé yo como ó donde andaba y que comia. Y velle venir á medio dia la calle abaxo con estirado cuerpo, mas largo que galgo de buena casta. Y por lo que tocaba á su negra, que dicen honra, tomaba una paja de las que aun asaz no habia en casa, y salia á la puerta, escarvando los que nada entre si tenian, quexándose toda-vía de aquel mal solar, diciendo: malo está de ver, que la desdicha desta vivienda lo hace. Como ves es lóbrega, triste y obscura. Miéntras aquí estuvíe-remos, hemos de padecer: ya deseó se acabe este mes, por salir della.

Pues estando en esta afigida y hambriona persecucion, un dia, no sé por qual dicha ó ventura, en el pobre poder de mi amo entró un real, con el qual vino á casa tan usano, como si tuviera el tesoro de Venecia, y con gesta muy alegra y riueña me lo dió, diciendo: toma, Lázara, que Dios ya va

abriendo su mano. Vé á la plaza, y  
merca pan y vino y carne, quebremos  
el ojo al diablo. Y mas te hago saber  
porque te huelgues, que he alquilado  
otra casa, y en esta desastrada no he-  
mos de estar mas de en cumpliendo el  
mes. Maldita sea ella y el que en ella  
puso la primera teja, que con mal en  
ella entré. Por nuestro Señor, quanto  
ha que en ella vivo, gota de vino ni ho-  
cado de carne no he comido, ni he  
habido descanso ninguno; mas tal vis-  
ta tiene, y tal obscuridad y tristeza.  
Ve y ven presto, y comamos hoy como  
Condes.

Tomo mi real y jarro, y á los pies  
dándoles priesa, comienzo á subir mi  
calle, encaminando mis pasos para la  
plaza muy contempto y alegre. ¿Mas  
qué me aprovecha, si está constituido  
en mi triste fortuna, que ninguna gaza  
me venga sin zozobra? Y así fué este,  
porque yendo la calle arriba, echando

mi cuenta en lo que le emplearia que fuese mejor y mas provechosamente gastado, dando infinitas gracias á Dios, que á mi amo habia hecho con dinero, á deshora me vino al encuentro un muerto, que por la calle abaxo muchos clérigos y gente en unas andas traian. Arriméme á la pared por darles lugar, y des que el cuerpo pasó, venia luego par del lecho una que debia ser su muger del defunto, cargada de luto, y con ella otras muchas mugeres, la qual iba llorando á grandes voces, y diciendo: ¡marido y señor mio, adonde os me llevan! ¡á la casa triste y desdichada, á la casa lóbrega y obscura, á la casa donde nunca comen ni beben!

Yo que aquello oí, juntóseme el cielo con la tierra, y dixe: ¡o desdichado de mí! ¡para mi casa llevan este muerto! — Dexo el camino que llevaba, y hendi por medio de la gente, y vuelvo por la calle abaxo á todo el

mas correr que pude para mi casa: y entrando en ella, cierro á grande priesa, invocando el auxilio y favor de mi amo, abrazándome dél, que me venga ayudar y á defender la entrada. El qual algo alterado, pensando que fuese otra cosa, me dixo: ¿qué es eso mozo? ¿qué voces das? ¿que has, porque cierras la puerta con tal furia?

O Señor, dixe yo, acuda aquí, que nos traen acá un muerto.

¿Como así? respondió él.

Aquí arriba lo encontré, dixe yo, y venia diciendo su muger: ¡marido y señor mio, adonde os llevan! ¡á la casa lóbrega y obscura, á la casa triste y desdichada, á la casa donde nunca comen ni beben! — Acá, Señor, nos le traen.

Y ciertamente quando mi amo esta oyó, aunque no tenia por que estar muy risueño, rió tanto, que muy gran rato estuvo sin poder hablar. En este

tiempó tenia ya yo echada el aldaba á la puerta, y puesto el hombro en ella por mas defensa.

Pasó la gente con su muerto, y yo todavía me rezelaba, que nos le habian de meter en casa. Y des que fué ya mas harto de reir que de comer, el bueno de mi amo díxome: verdad es, Lázaro, segun la viuda lo va diciendo, tú tuviste razon de pensar lo que pensaste; mas pues Dios lo ha hecho mejor, y pasan adelante, abre, abre, y vé por de comer.

Déjalos, Señor, acaben de pasar la calle, dixe yo.

Al fin vino mi amo á la puerta de la calle, y ábréla esforzándome, que bien era menester, segun el miedo y alteracion: y me torno á encaminar. Mas aunque comimos bien aquel dia, maldito el gusto yo tomaba en ello, ni en aquellos tres dias torné en mi color, y mi amo muy risueño todas las veces

que se le acordaba aquella mi consideración.

Desta manera estuve con mi tercero y pobre amo, que fué este escudero, algunos días, y en todos deseando saber la intención de su venida y estada en esta tierra, porque desde el primer día que con él asenté, le conocí ser extranjero, por el poco conocimiento y trato que con los naturales della tenía. Al fin se cumplió mi deseo, y supe lo que deseaba, porque un día que habíamos comido razonablemente, y estaba algo contento, contóme su hacienda, y que había dexado su tierra no mas, de por no quitar el bonete á un caballero vecino.

Señor, dixe yo, si él era lo que decís y tenía mas que vos, no errabades en quitárselo primero, pues decís que él tambien os lo quitaba.

Sí es y sr tiene, y tambien me lo

quitaba él á mí, mas de quantas veces yo se le quitaba primero, no fuera malo comedirse él alguna y ganarme por la mano.

Paréceme, Señor, le dixe yo, que en eso no mirara, mayormente con mis mayores que yo, y que tienen mas.

Eres muchachó, me respondió, y no sientes las cosas de la honra en que el dia de hoy está todo el caudal de los hombres de bien. Pues hágote saber, que yo soy, como ves, un escudero, mas vótote á Dios, si al Conde topo en la calle y no me quita muy bien quitado del todo el bonete, que otra vez que venga, me sepa yo entrar en una casa, fingiendo yo en ella algun negocio, ó atravesar otra calle, si la hay, antes que llegue á mí, por no quitárselo. Que un hidalgo no debe á otro que á Dios y al Rey nada, ni es justo, siendo hombre de bien, se descuide un punto de tener en mucho

su

su persona. Acuérdome, que un dia deshonré en mi tierra á un oficial y quise poner en él las manos, porque cada vez que le topaba, me decia: mantenga Dios á Vuestra Merced. — Vos Don villano ruin, le dixe yo, ¿porque no sois bien criado? ¿Mantenga os Dios me habeis de decir, como si fuese quien quiera? — De allí adelante de aquí aculla me quitaba el bonete, y hablaba como debia.

¿Y no es buena manera de saludar un hombre á otro, dixe yo, decirle que le mantenga Dios?

Mira, mozo, de en hora mala, dixo él, á los hombres de poca arte dicen eso, mas á los mas altos, como yo, no les han de hablar méños de: beso las manos de Vuestra Merced; ó por lo méños: besoos, Señor, las manos; si el que me habla es caballero. Y así de aquel de mi tierra, que me atestaba de mantenimiento, nunca mas le quise

sufrir, ni sufria, ni sufriré á hombre  
del mundo del Rey abaxo, que man-  
tenga os Dios me diga.

Pecador de mí, dixe yo, por eso  
tiene tan poco cuidado de mantenerte,  
pues no sufres que nadie se lo ruegue.

Mayormente, dixo, que no soy tan  
pobre que no tengo en mi tierra un  
solar de casas, que á estar ellas en pie  
y bien labradas, diez y seis leguas de  
donde nací, en aquella costanilla de  
Valladolid, valdrian mas de docientos  
mil maravedis, segun se podrian hacer  
grandes y buenas. Y tengo un palomar,  
que á no estar derribado como está,  
daria cada año mas de docientos pa-  
lominos: y otras cosas que me callo,  
que dexé por lo que tocaba á mi hon-  
ra. Y vine á esta ciudad, pensando  
que hallaría un buen asiento, mas no  
me ha sucedido como pensé. Canóni-  
gos y Señores de la iglesia muchos ha-  
ilo, mas es gente tan limitada, que no

les sacara de su paso todo el mundo. Caballeros de media talla tambien me ruegan; mas servir á estos es gran trabajo, porque de hombre os habeis de convertir en malilla, y sino, anda con Dios, os dicen. Y las mas veces son los pagamentos á largos plazos, y las mas ciertas, comido por servido. Ya quando quieren reformar conciencia y satisfacerlos vuestros sudores, sois librado en la recámara en un sudado jubon ó raida capa ó sayo. Ya quando asienta hombre con un Señor de título, todavía pasa su lacería; pues porventura no hay en mi habilidad para servir y contentar á estos. Por Dios si con él topase, muy gran su privado pienso que fuese, y que mil servicios le hiciese; porque yo sabria mentille tambien como otro, y agradalle á las mil maravillas. Reille ya mucho sus donaires y costumbres, aunque no fuesen las mejores del mundo; nunca decille

cosa con que le pesase, aunque mucho le cumpliese. Ser muy diligente en su persona, en dicho y hecho; no me matar por no hacer bien las cosas que él no habia de ver, y ponerme á reñir donde él lo oyese con la gente de servicio; porque pareciese tener gran cuidado de lo que á él tocaba. Si riñiese con alguno su criado, dar unos puntilllos agudos para le encender la ira, y que pareciesen en favor del culpado. Decirle bien de lo que bien le estuviese, y por el contrario ser malicioso mofador. Malsinar á los de casa y á los de fuera, pesquisar y procurar de saber vidas ajenas, para contárselas, y otras muchas galas desta calidad, que hoy dia se usan en palacio y á los señores dél parecen bien, y no quieren ver en sus casas hombres virtuosos, ántes los aborrecen y tienen en poco, y llaman necios, y que no son personas de negocios, ni con quien

el señor se puede descuidar. Y con estos los astutos usan como digo el dia de hoy, de lo que yo usaria; mas no quiere mi ventura que hallé.

Desta manera lamentaba tambien su adversa fortuna mi amo, dándome relación de su persona valerosa. Pues estando en esto, entró por la puerta un hombre y una vieja: el hombre le pide el alquilé de la casa, y la vieja él de la cama. Hacen cuenta y de dos meses le alcanzáron, lo que él en un año no alcanzara: pienso que fueron doce ó trece reales. Y él les dió muy buena respuesta, que saldria á la plaza á trocar una pieza de á dos, y que á la tarde volviesen. Mas su salida fué sin vuelta: por manera que á la tarde ellos volviéron, mas fué tarde; yo les dixe, que aun no era venido.

Venida la noche y él no, yo hube miedo de quedar en casa solo, y fuíme á las vecinas y contéles el caso, y allí

dormí. Venida la mañana, los acreedores vuelven y preguntan por el vecino, mas á estotra puerta. Las mugeres les responden: veis aquí su mozo, y la llave de la puerta. Ellos me preguntaron por él, y díxeles, que no sabia adonde estaba, y que tampoco habia vuelto á casa, des que salió á trocar la pieza, y que pensaba, que de mí y de ellos se había ido con el traeço.

De que esto me oyeron, van por un alguacil y un escribano, y he los dos vuelven luego con ellos, y toman la llave, y llaman me, y llaman testigos, y abren la puerta, y entran á embargar la hacienda de mi amo, hasta ser pagados de su deuda. Anduvieron toda la casa, y hallaronla desembarazada, como he contado, y dicenme: ¿qué es de la hacienda de tu amo? ¿sus arcas y paños de pared y alhajas de casa?

No sé yo eso, le respondí.

Sin duda, dicen ellos, esta noche lo deben de haber alzado y llevado á alguna parte. Señor alguacil, prended á este mozo, que él sabe donde está.

En esto vino el alguacil y echóme mano por el collar del jubón, diciendo: muchacho, tú eres preso, si no descubres los bienes deste tu amo.

Yo como en otra tal no me hubiese visto, porque asido del collar sí había sido muchas veces, mas era mansamente del trabado, para que mostrase el camino al que no via. Yo tuve mucho miedo, y llorando prometíle de decirlo que me preguntaban. — Bien está, dicen ellos; pues di lo que sabes, y no hayas temor.

Sentóse el escribano en un poyo para escribir el inventario, preguntándome que tenía.

Señores, dice yo, lo que este mi amo tiene, segun él me dixo, es un

muy buen solar de casas, y un palomar derribado.

Bien está, dicen ellos; por poco que eso valga, hay para nos entregar de la deuda. ¿Y á que parte de la ciudad tiene eso? me preguntaron.

En su tierra, les respondí.

Por Dios, que está bueno el negocio, dixérón ellos. ¿Y adonde es su tierra?

De Castilla la vieja me dixo él que era, les dixe.

Ríeronse mucho el alguacil y el escribano, diciéndo: bastante relacion es esta para cobrar vuestra deuda, aunque mejor fuese.

Las vecinas, que estaban presentes, dixérón: Señores, este es un niño inocente, y ha pocos días, que está con ese escudero, y no sabe dél mas que Vuestras Mercedes: sino quanto el pecadorcico se llega aquí á nuestra casa y le damos de comer lo que po-

demos, por amor de Dios, y á las noches se iba á dormir con él.

Vista mi innocencia, dexáronme, dándome por libre, y el alguacil y el escribano pidien al hombre y á la mujer sus derechos, sobre lo qual tuviéron gran contienda y ruido; porque ellos alegáron no ser obligados á pagar, pues no habia de que, ni se hacia el embargo. Los otros decian, que habian dexado de ir á otro negocio, que les importaba mas, por venir á aquel. Finalmente despues de dadas muchas voces, al cabo carga un porqueron con el viejo alfamar de la vieja, y aunque no iba muy cargado, allá van todos cinco dando voces, no se en que paró. Creo yo, que el pecador alfamar pagara por todos, y bien se empleaba, pues al tiempo que habia de reposar y descansar de los trabajos pasados, se andaba alquilando.

Así como he contado me dexó mi

pobre tercero amo, do acabe de cono-  
cer mi ruin dicha, pues señalándose  
todo lo que podria contra mí, hacia  
mis negocios tan al revés, que los  
amos que suelen ser dexados de los  
mozos, en mí no fuese así, mas que  
mi amo me dexase y huyese de mí.

---

## CAPÍTULO QUINTO.

---

*Como Lázaro se asentó con un fraile de la merced, y de lo que le acaeció con él.*

Hube de buscar el quarto, y este fué un fraile de la merced, que las mugercillas que digo me encaminaron, al qual ellas le llamaban pariente: gran enemigo del coro y de comer en el convento, perdido por andar fuera, amicísimo de negocios seglares y visitas; tanto que pienso que rompia él mas zapatos, que todo el convento.

Este me dió los primeros zapatos que rompí en mi vida; mas no me

duráron ocho días, ni yo pude con  
su trote durar más. Y por esto y  
por otras cosillas, que no digo, salí  
dél.

---

## CAPÍTULO SEXTO.

---

*Como Lázaro se asentó con un buldero, y de las cosas que con él pasó.*

En el quinto por mi ventura dí, qué fué un buldero, el mas desenvuelto y desvergonzado, y el mayor echador de llas, que jamas yo ví, ni ver espero, ni pienso nadie vió; porque tenía y buscaba modos y maneras, y muy sotiles invenciones.

En entrando en los lugares do habían de presentar la bula, primero presentaba á los clérigos ó curas algunas cosillas no tan poco de mucho valor ni substancia: una lechuga Murciana, si era por el tiempo, un par de limas ó naranjas, un melocoton, un par de

duraznos, cadasendas peras verdiñales. Así procuraba tener los propicios, porque favoreciesen su negocio y llamasen sus feligreses á tomar la bula, ofreciéndosele á él las gracias. Informábase de la suficiencia dellos; si decian que entendian, no hablaba palabra en latin, por no dar tropezon, mas aprovechábase de un gentil y bien cortado romance y desenvoltísima lengua; y si sabia que los dichos clérigos eran de los reverendos, (digo que mas con dineros que con letras y con reverendas se ordenan), hacíase entre ellos un santo Thomas, y hablaba dos horas en latin, á lo ménos que lo parecia, aunque no lo era.

Quando por bien no le tomaban las bulas, buscaba como por mal se las tomasen, y para aquello hacia molestias al pueblo, y otras veces con mañosos artificios: y porque todos los que le veia hacer seria largo de contar, diré

uno muy sotil y donoso, con el qual  
probaré bien su suficiencia.

En un lugar de la sagra de Toledo  
habia predicado dos ó tres dias, ha-  
ciendo sus acostumbradas diligencias, y  
no le habian tomado bula, ni á mi ver  
tenian intencion de se la tomar. Es-  
taba dado al diablo con aquello, y pen-  
sando que hacer, se acordó de convi-  
dar al pueblo, para otro dia de mañana  
despedir la bula. Y esa noche despues  
de cenar pusieronse á jugar la colacion  
él y el alguacil, y sobre el juego viniér-  
ron á reñir, y á haber malas palabras.  
Él llamó al alguacil ladron, y el otro  
á él falsario. Sobre esto el Señor Co-  
misario, mi señor, tomó un lanzon,  
que en el portal do jugaban estaba;  
el alguacil puso mano á su espada,  
que en la cinta tenia. Al ruido y vo-  
ces, que todos dimos, acuden los hué-  
pedes y vecinos, y métense en me-  
dio, y ellos muy enojados, procurándose

de desembarazar de los que en medio estaban, para se matar. Mas como la gente al gran ruido cargase y la casa estuviese llena della, viendo que no podian afrontarse con las armas, decianse palabras injuriosas, entre las quales el alguacil dixo á mi amo, que era falsario, y las bulas que predicaba eran falsas.

Finalmente que los del pueblo viendo que no bastaban para ponellos en paz, acordaron de llevar al alguacil de la posada á otra parte: y así quedó mi amo muy enojado. Y despues que los huéspedes y vecinos le hubieron rogado que perdiése el enojo y se fuese á dormir, así echámos todos.

La mañana venida, mi amo se fué á la iglesia, y mandó traer á misa y al sermon, para despedir la bula. Y el pueblo se juntó, el qual andaba murmurando de las bulas, diciendo como eran falsas, y que el mismo alguacil riñiendo

riñendo lo habia descubierto. De manera que atras que tenian mala gana de tomalla, con aquello del todo la aborrecieron.

El señor Comisario se subió al pulpito, y comienza su sermon y á animar la gente, á que no quedasen sin tanto bien y indulgencia, como la sancta bula traia. Estando en lo mejor del sermon, entró por la puerta de la iglesia el alguacil, y des que hizo oracion, levantose y con voz alta y pausada cueradamente comenzó á decir: buenos hombres, oidme una palabra, que despues oiréis á quien quisiéredes. Yo vine aquí con este echacuertos, que os predica, el qual me engañó y dixo que le favoreciese en este negocio, y que partiríamos la ganancia. Y agora visto el daño que haria á mi conciencia y á vuestras haciendas, arrepentido de lo hecho, os declaro claramente, que las bulas que predica son

falsas, y que no le creais ni las tomeis, y que yo directe ni indirecte no soy parte en ellas, y que desde agora dexo la vara y doy con ella en el stielo: y si en algun tiempo este fuere castigado por la falsedad, que vosotros me seais testigos, como yo no soy con él ni le doy á ello ayuda, antes os desengaño y declaro su maldad. — Y acabó su razonamiento.

Algunos hombres honrados, que allí estaban, se quisiéron levantar y echar al alguacil fuera de la iglesia, por evitar escándalo; mas mi amo les fué á la mano, y matidó á todos, que so pena de excomunión no le estorbasen, mas que le dexasen decir todo lo que quisiese. Y así él tambien tuvo silencio, miéntras él alguacil dixo todo lo que he dicho. Como calló, mi amo le preguntó, si quería decir mas, que lo dixese. El alguacil dixo: harto mas hay que decir de vos y de vuestra falsedad, mas por agora basta.

El señor Comisario se hincó de rodillas en el pulpito, y puestas las manos y mirando al cielo, dijo así: Señor Dios, á quien ninguna cosa es escondida ántes todas manifestas, y á quien nada es imposible, tú sabes la verdad, y quan injustamente yo soy afrentado. En lo que á mí toca, yo le perdono, porque tú, Señor, me perdonas: no mires á aquel, que no sabe lo que hace ni dice. Mas la injuria á tí hecha, te suplico y por justicia te pido, no disimules; porque alguno que está aquí, que porventura pensó tomar aquesta santa bula, dando crédito á las falsas palabras de aquel hombre, lo dexara de hacer. Y pues es tanto perjuicio del próximo, te suplico yo, Señor, no le disimules, mas luego muestra aquí milagro, y sea desta manera: que si es verdad lo que aquel dice, y que yo traigo maldad y falsoedad, este pulpito se hu-

da comigo, y meta siete estados debajo de tierra, do él ni yo jamas parezcamos. Y si es verdad lo que yo digo, y aquel persuadido del demonio (por quitar y privar á los que están presentes de tan gran bien) dice maldad, tambien sea castigado, y de todos conocida su malicia.

Apénas había acabado su oracion el devoto señor mio, quando el negro alguacil cae de su estado y da tan gran golpe en el suelo, que la iglesia toda hizo resonar: y comenzó á bramar y echar espumajos por la boca, y torcella, y hacer visages con el gesto, dando de pie y de mano, revolviéndose por aquél suelo á una parte y á otra. El estruendo y voces de la gente era tan grande, que no se oian unos á otros. Algunos estaban espantados y temerosos; unos decian: ¡el Señor te socorra y valga! otros: ¡bien se le emplea, pues levantaba tan falso testimonio!

Finalmente algunos que allí estaban, y á mi parecer no sin harto temor, se llegaron y le trabaron de los brazos, con los cuales daba fuertes puñadas á los que cerca dél estaban. Otros le tiraban por las piernas y tuviéron reicamente, porque no había mula falsa en el mundo, que tan recias coches tirase. Y así le tuviéron un gran rato, porque mas de quince hombres estaban sobre él, y á todos daba las manos llenas, y si se descuidaban en los hocicos.

Á todo esto el señor mi amo estaba en el pulpito de rodillas, las manos y los ojos puestos en el cielo, transportado en la divina esencia, que el planto y ruido y voces, que en la iglesia habia, no eran parte para apartalle de su divina contemplacion. Aquellos buenos hombres llegaron á él, y dando voces le despertaron, y lo suplicaron, quisiese socorrer á aquel

pobrē que estaba muriendo, y que no mirase á las cosas pasadas ni á sus dichos malos, pues ya de los tenia el pago; mas si en algo podía aprovechar para librarse del peligro y pasion que padecia, por amor de Dips lo hiciese: pues ellos veian clara la culpa del culpado, y la verdad y bondad suya, pues á su peticion y venganza el Señor no alargó el castigo.

El señor Comisario, como quien despresa de un dulce sueño, los miró, y miró al delinquente y á todos los que alrededor estaban, y muy pausadamente les dixo: buenos hombres, vosotros nunca habiades de rogar por un hombre, en quien Dios tan señaladamente se ha señalado. Mas pues él nos manda, que no volvamos mal por mal, y perdonemos las injurias, con confianza podremosuplicarle, que cumpla lo que nos manda, y su Magestad perdone á es-

te que le ofendió, poniendo en su santa fe obstáculo. Vamos todos á suplicarle.

Y así baxó del pulpito y encomendóles, que muy devotamente suplicasen á nuestro Señor, tuviese por bien de perdonar á aquel pecador, y volverle en su salud y sano juicio, y lanzar dél el demonio, si su Magestad había permitido, que por su gran pecado en él entrase.

Todos se hincaron de rodillas y delante del altar con los clérigos comenzaban á cantar con voz baxa una letanía, y viniendo él con la cruz y agua bendita, despues de haber sobre él cantado, el señor mi amo puestas las manos al cielo y los ojos, que casi nada se le parecia sino un poco de blanco, comienza una oracion no menos larga que devota, con la qual hizo llorar á toda la gente, como suelen hacer en los sermones de la pasion de predicar.

dor y auditorio devoto, suplicando á nuestro Señor, pues no queria la muerte del pecador, sino su vida y arrepentimiento, que aquel encaminado por el demonio y persuadido de la muerte y pecado, le quisiese perdonar y dar vida y salud, para que se arrepentiesé y confesase sus pecados.

Y esto hecho mandó traer la bula, y púsosela en la cabeza, y luego el pecador del alguacil comenzó poco á poco á estar mejor y tornar en sí. Y des que fué bien vuelto en su acuerdo, echóse á los pies del señor Comisario, y demandándole perdon, confesó haber dicho aquello por la boca y mandamiento del demonio, lo uno por hacer á él daño y vengarse del enojo, lo otro y mas principal, porque el demonio recibía mucha pena del bien que allí se hiciera en tomar la bula.

El señor mi amo le perdonó, y fuéreron hechas las amistades entre ellos. Y á to-

mar la bula hubo tanta priesa, que casi  
á anima viviente en el lugar no quedó sin  
ella, marido y muger, y hijos y hijas,  
mozos y mozas. Divulgóse la nueva de  
lo acaecido por los lugares comarcanos;  
y quando á ellos llegábamos, no era me-  
nester sermon, ni ir á la iglesia: que á  
la posada la venian á tomar, como si  
fueran peras que se dieran de balde.  
De manera que en diez ó doce lugares  
de aquellos alrededores, donde fuimos,  
echó el señor mi amo otras tantas mil  
bulas, sin predicar sermon.

Quando se hizo el ensayo, confieso  
mi pecado, que tambien fui dello espan-  
tado, y creí que así era, como otros  
muchos. Mas con ver despues la risa  
y burla que mi amo y el alguacil lle-  
yaban y hacian del negocio, conoci co-  
mo habia sido industriado por el in-  
dustrioso y inventivo de mi amo: y  
aunque muchacho, cayóme mucho en  
gracia, y dixe entre mí: ¡quantas des-

tas deben de hacer estos burladores entre la innocent gente!

Finalmente, estuve con este mi quinto amo cerca de quatro meses, en los cuales pasé tambien hertas fatigas.

## **CAPÍTULO SÉPTIMO.**

*Como Lázaro se asentó con un Capellan, y lo que con él pasó.*

Despues desto asenté con un maestro de pintar panderos, para molerle los colores, y tambien sufri mil males. Siendo ya en este tiempo buen mozuelo, entrando un dia en la iglesia mayor, un Capellan della me recibió por suyo, y púsome en poder un buen asno y quattro cantaros y un azote, y comencé á echar agua por la ciudad.

Este fué el primer escalon que yo subí para venir á alcanzar buena vida, porque mi boca era medida. Daba cada dia á mi amo treinta maravedis ganados, y los sábados ganaba para mí, y todo le de-

mas entre semana de treinta maravedis. Fuéme tan bien en el oficio, que al cabo de quatro años que lo usé, con poner en la ganancia buen recaudo, ahorré para vestirme muy honradamente de la ropa vieja, de la qual compré un jubón de fustan viejo, y un sayo raido de manga tranzada y puerta, y una capa que había sido frizada, y una espada de las viejas primeras de Cuellar.

Des que me vi en hábito de hombre de bien, dixe á mi amo, se tomase en asno, que no quería mas seguir aquel oficio.

Y como él me diera la libertad, yo me fui á la villa de Cuellar, donde me quedé en la casa de un vecino, que se llamaba don Juan de la Cuesta, que era de la villa de Cuellar.

En la villa de Cuellar, yo me fui á la casa de un vecino, que se llamaba don Juan de la Cuesta, que era de la villa de Cuellar.

En la villa de Cuellar, yo me fui á la casa de un vecino, que se llamaba don Juan de la Cuesta, que era de la villa de Cuellar.

---

## CAPÍTULO OCTAVO.

---

*Como Lázaro se asentó con un alguacil, y de lo que le acaeció con él.*

Despedido del Capellan, asenté por hombre de justicia con un alguacil; mas muy poco viví con él, por parecerme oficio peligroso, mayormente que una noche nos corriéron á mí y á mi amo á pedradas y á palos unos retraidos, y á mi amo, que espero, tratáron mal, mas á mí no me alcanzaron.

Con esto renegué del trato, y pensando en que modo de vivir haría mi asiento, por tener descanso,

y ganar algo para la vejez, quiso Dios alumbrarme y ponerme en camino y manera provechosa. Y con favor que tuve de amigos y señores, todos mis trabajos y fatigas hasta entonces pasados fuéreron pagados, con alcanzar lo que procuré, que fué un oficio real, viendo que no hay nadie que medre, sino los que le tienen: en el qual el dia de hoy yo vivo y resido á servicio de Dios y de Vuestra Merced. Y es que tengo cargo de pregonar los vinos, que en esta ciudad se venden, y en almonedas y cosas perdidas, acompañar los que padecen persecuciones por justicia, y declarar á voces sus delitos: pregonero, hablando en buen romance. Hame sucedido tan bien, y yo le he usado tan fácilmente, que casi todas las cosas al oficio tocantes pasan por mi mano, tanto que en toda la ciudad el que ha deregar vino á vender

ó algo, si Lázaro de Tornies no entiende en ello, hacen cuenta de no sacar provecho.

En este tiempo, viendo mi habilidad y buen vivir, teniendo noticia de mi persona el Señor Arcipreste de San Salvador, mi señor, y servidor y amigo de Vuestra Merced, porque le pregonaba sus vinos, procuró casarme con una criada suya. Y visto por mí, que de tal persona no podía venir sino bien y favor, acordé de lo hacer.

Y así me casé con ella, y hasta agora no estoy arrepentido; porque allende de ser buena hija y diligente servicial, tengo en mi señor Arcipreste todo favor y ayuda: y siempre en el año le da en veces al pie de una carga de trigo, por las pascuas su carne, y quando el par de los bordigos, las calzas viejas que dexa, y hizo nos alquilar una casilla par de

la suya. Los domingos y fiestas casi todas las comíamos en su casa. Mas malas lenguas, que nunca faltaron, nos dexan vivir, diciendo no sé que y si sé, que veen á mi muger irle á hacer la cama y guisalle de comer. Y mejor les ayude Dios que ellos dicen la verdad; porque allende de no ser ella muger que se pague destas burlas, mi señor me ha prometido lo que pienso cumplirá. Que él me habló un dia muy largo delante della, y me dixo: Lázaro de Tormes, quien ha de mirar á dichos de malas lenguas, nunca medrará. Digo esto, porque no me maravillaría, alguno viendo entrar en mi casa tu muger, y salir della. Ella entra muy á tu honra y suya, y esto te lo prometo. Por tanto no mires á lo que pueden decir, sino á lo que te toca, digo á tu provecho.

Señor, le dije, yo determiné de  
ar-

arrimarme á los buenos. Verdad es que algunos de mis amigos me han dicho algo deso, y aun por mas de tres veces me han certificado, que ántes que comigo casase había parido tres veces, hablando con reverencia de Vuestra Merced, porque está ella delante.

Entónces mi mujer echó juramentos sobre sí, que yo pensé la casa se hundiera con nosotros, y despues tomóse á llorar y á echar mil maldiciones sobre quien comigo la había casado: en tal manera, que quisiera ser muerto, ántes que se me hubiera saltado aquella palabra de la boca. Mas yo de un cabo, y mi señor de otro, tanto le diximos y otorgamos, que cesó su llanto, con juramento que le hice, de nunca mas en mi vida mentiré nada de aquello, y que yo hogaba y habia por bien, de que ella entrase y saliese de noche y de

dia, pues estaba bien seguro de su bondad.

Y así quedamos todos tres bien conformes. Hasta el dia de hoy nunca nadie nos oyó sobre el caso, ántes quando alguno siento que quiere decir algo della, le atajo y le digo: mira, si sois mi amigo, no me digais cosa con que me pese, que no tengo por mi amigo al que me hace pesar, mayormente si me quieren meter mal con mi muger, que es la cosa del mundo que yo mas quiero, y la amo mas que á mí, y me hace Dios con ella mil mercedes, y mas bien que yo merezco: que yo juraré sobre la hostia consagrada, que es tan buena muger, como vive dentro de las puertas de Toledo: y quien otra cosa me dixere, yo me mataré con él. — Desta manera no me dicen nada, y yo tengo paz en mi casa.

Este fué el mesmo año, que nuestro

victorioso Emperador en esta insigne ciudad de Toledo entró y tuvo en ella cortes, y se hicieron grandes regocijos y fiestas, como Vuestra Merced habrá oido.

---

---

## CAPÍTULO NOVO.

---

*En que da cuenta Lázaro de la amistad que tuvo en Toledo con unos Tudescos y lo que con ellos pasaba.*

En este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna: y como yo siempre anduviese acompañado de una buena galleta, de unos buenos frutos que en esta tierra se crian, para muestra de lo que pregonaba, cobré tantos amigos y señores, así naturales como extranjeros, que doquiera que llegaba, no había para mí puerta cerrada. Y en tanta manera me vi favorecido, que

me parece si entonces matara un hombre, ó me acaeciera algun caso recio, hallara todo el mundo de mi bando, y tuviera en aquellos mis señores todo favor y socorro. Mas yo nunca los dexaba boquisecos, queriéndolos llevar comigo á lo mejor que yo habia echado en la ciudad, á do haciamos la buena y esplendida vida y gira. Allí nos aconteció muchas veces, entrar en nuestros pies y salir en agenos.

Y lo mejor desto es, que todo este tiempo maldita la blanca Lázaro de Tormes gastó ni se la consentian gastar: ántes si alguna vez yo de industria echaba mano á la bolsa, fingiendo quererlo pagar, temábanlo por afrenta, y mirábanme con alguna ira, y decian: ¡nite, nite, asticot, lanz! reprehendiéndome, diciendo, que do ellos estaban, nadie habia de pagar blanca. Yo con aquello moríame de

amores de tal gente; porque no solo esto, mas de perniles de tocino, pedazos de piernas de carnero, cocidas en aquellos cordiales vinos con mucha de la fina especia, y de sobras de cecinas y de pan, me henchian la falda y los senos cada vez que nos juntábamos: que tenía en mi casa de comer yo y mi muger, hasta hartar una semana entera.

Acordábame en estas harturas de las mis hambres pasadas, y alababa al Señor y dábale gracias, que así andan las cosas y tiempos. Mas como dice el refran: quien bien te hará, ó se te irá, ó se morirá; así me acaeció. Que se mudó la gran Corte, como hacer suele, y al partir fui muy requerido de aquellos mis grandes amigos, me fuese con ellos, y que me harian y acontecerian. Mas acordándome del proverbio que se dice: mas vale el mal conocido, que el bien por

conocer; agradeciéndoles su buena voluntad, con muchos abrazos y tristeza me despedí dellos.

Y cierto si casado no fuera, no deixara su compañía, por ser gente hecha muy á mi gusto y condicion: y es vida graciosa la que viven, no fantásticos ni presuntuosos, sin escrupulo ni asco de entrarse en qualquier bodegon, la gorra quitada, si el vino lo merece: gente llana y honrada, y tal y tambien proveida, que no me la dé Dios peor, quando buena sed tuviere. Mas el amor de la muger y de la patria, que ya por mia tengo, pues como dicen: ¿de do eres, hombre? tiraron por mí.

Y así me quedé en esta ciudad, aunque muy conocido de los moradores della, con mucha soledad de los amigos y vida cortesana. Estuve muy á mi placer con acrecentamiento de alegría y linage, por el nacimiento de

una muy hermosa niña, que en estos medios mi muger parió: que aunque yo tenia alguna sospecha, ella me juró que era mia: hasta que á la fortuna le pareció haberme mucho olvidado, y ser justo tornarmie á mostrar su airado y severo gesto cruel, y aguarde estos pocos años de sabrosa y descansada vida, con otros tantos de trabajos y amarga muerte.

¡O gran Dios! ¿y quien podrá escribir un infortunio tan desastrado, y acaecimiento tan sin dicha, que no dexé holgar el tintero, poniendo la pluma á sus ojos?

---

T A B L A  
DE LOS C A P I T U L O S.

---

C A P. I. <i>Cuenta Lázaro su vida, y cujo hijo fué</i>	Pag. 7
C A P. II. <i>Como Lázaro se puso á servir y adestrar un ciego.</i>	— 13
C A P. III. <i>Como Lázaro se asentó con un clérigo, y de las cosas que con él pasó.</i>	— 38
C A P. IV. <i>Como Lázaro se asentó con un escudero, y de lo que le acaeció con él.</i>	— 65
C A P. V. <i>Como Lázaro se asentó con un fraile de la merced, y de lo que le acaeció con él.</i>	— 107
C A P. VI. <i>Como Lázaro se asentó con un buldero, y de las cosas que con él pasó.</i>	— 109
C A P. VII. <i>Como Lázaro se asentó con un Capellan, y lo que con él pasó.</i>	— 123

— 138 —

CAP. VIII. *Como Lázaro se asentó con un alguacil, y de lo que le acaeció con él.* . . . . . Pag. 125

CAP. IX. *En que da cuenta Lázaro de la amistad que tuvo en Toledo con unos Tudescos, y lo que con ellos pasaba.* — 132

L. —

---

Impresó por Herbst y Sieghart, en Penig.

---

## E R R A T A 9.

---

Pág. 46. l. 11. *lease easas.*

— 52. l. 10. . . apriese

— 63. l. 15. . . transido de hambre,

— 113. l. 11. . . el,

---







5735.

Österreichische Nationalbibliothek



+Z179417604

60158 1140

2009 [signature]

9.11.22

Digitized by Google

